

EDWIN LUGO

DE REPENTE LLUEVE EN OCTUBRE
(NOVELA)

**Lo mejor que puede hacer el hombre,
lo hace contra la razón.**

Emilia Pardo Bazán.

Como todos los días de quincena, aún no daban las nueve de la mañana y ya frente al edificio de Banindustria decenas de empleados y trabajadores inscritos en las nóminas de las numerosas factorías de la zona, aguardaban pacientemente para que les fuera permitido penetrar en las oficinas de la institución para cobrar su paga.

La calle a su vez lucía congestionada de autos haciendo imposible la menor posibilidad de estacionarse, inconveniente que sólo se obviaba para los ejecutivos bancarios quienes podían disponer del privilegio de hacerlo, haciendo uso del espacio reservado justo al lado de la sucursal.

Cuando faltaban diez minutos para la hora de apertura un volkswagen rojo se estacionó en el codiciado espacio, aunque denotando cierta torpeza del conductor, y de él descendió una joven vestida con el discreto uniforme azul oscuro que portaban los funcionarios de la institución quién se dirigió apresuradamente hacia las puertas de cristal que un policía abrió comedidamente.

Ya dentro de las modernas instalaciones la recién llegada fue recibida con un alud de sonrisas que correspondió aplicando algunos besos informales sobre las mejillas de las cajeras quienes ya se disponían a despachar en sus sitiales ordenando gruesos fajos de billetes, luego adelantó un cortés *buenos días* al gerente y repartió saludos al resto de los ejecutivos que fueron devueltos con amabilidad.

Una vez apersonada frente a su escritorio la muchacha colgó su bolso de mano en el perchero, abrió la computadora y extrajo de una gaveta un grueso legajo de carpetas repletas de documentos, la agenda del día, y media docena de plumas y lápices bien afilados, disponiéndose a iniciar su labor, mientras que en desordenada profusión penetraron los inquietos usuarios quienes inmediatamente formaron filas frente a las cajas.

El reloj de pared marcaba exactamente las nueve de la mañana, y tal si se tratara de una representación teatral que se inicia inmediata apenas se ha levantado el telón, surgieron incesantes el repiqueteo de los teléfonos, los guiños y sonidos de las computadoras, el ir y venir nervioso y agitado de empleados y clientes trayendo y llevando documentos, sacando copias, haciendo cálculos y disputándose un lugar en las filas que se fueron alargando hasta alcanzar la calle.

Fue entonces cuando la señorita licenciada en administración de empresas, Geraldine del Prado Rodríguez, ejecutiva de cuentas empresariales, según se leía en la placa visiblemente colocada al ras de su escritorio; entró plenamente en funciones, respondiendo casi a la vez a varias llamadas telefónicas y empleando con largueza, esa facultad exclusivamente femenina que permite a las damas atender dos o tres asuntos al mismo tiempo, sosteniendo con la mano izquierda la bocina del teléfono, y tecleando con la derecha la computadora.

Cinco minutos después Geraldine estaba al tanto de los tipos de cambio del día de las principales monedas del mundo, la situación de las bolsas nacional e internacional y por ende de las nuevas disposiciones gubernamentales, de la dirección, de las innovaciones de la competencia y de todo cuanto tenía que ver con el mundo del dinero y de las finanzas.

Conocedora a fondo de su oficio que requería dinamismo, eficiencia y prontitud en la toma de decisiones, Geraldine quién gustaba de su desempeño procuraba concentrarse, olvidándose en el lapso de su jornada laboral de todo lo que no tuviera una estricta relación con su trabajo, cuidando siempre sus movimientos, el tono de su voz, sus gestos y ademanes, y aunque la sonrisa nunca se apartaba de sus labios y hasta de su semblante, su maquillaje muy discreto realizado con procedimientos de actriz que va a desempeñar un rol sobre el escenario, obedecía al igual que el peinado a la imagen de una mujer de negocios, moderna, seria, emancipada, cuyo desempeño profesional no

tenía nada que ver en absoluto con la condición de su sexo, por más que la seducción de aquel rostro femenino enmarcado en una cabellera sedosa y brillante no alardeara de la frescura y el encanto que emanaba de aquel opíparo derroche de mujer, que ella pretendía atenuar, aunque sus jefes y en el fondo ella misma, supieran demasiado que era también debido a su encanto, a su trato gentil, a su figura grata, quienes ejercían esa seducción insoslayable que atraía como abejas a un panal, a lo que se debía que propietarios, socios, funcionarios y contables de todas las industrias adyacentes que mantenían sus cuentas y operaciones con Banindustria, permanecieran fieles, generando negocios y transacciones que significaban jugosas comisiones y pingües utilidades a la institución bancaria, cuyos astutos dirigentes habían premiado la labor de su subordinada, ascendéndola de modesta cajera hasta un puesto de alta responsabilidad, categoría y salario superior con un trato marcadamente preferencial sobre el resto del personal, que aunque envidiaba el veloz ascenso de la muchacha, había terminado por reconocer que se lo había ganado a pulso con trabajo, dedicación, lealtad incondicional y auténtico profesionalismo, lo que aunado a su sencillez y simpatía lejos de distanciarla por las humanas rivalidades, la había acercado a hombres y mujeres, que aceptaron que con preparación y disciplina se podía aspirar a obtener dinero, distinciones, reloj de oro y hasta automóvil, aunque en resumidas cuentas todo aquello no representara más allá de unas migajas que los voraces banqueros cedían, no tanto por generosidad, sino para que sirviera de acicate y estímulo para que su empleada continuara produciendo mayores rendimientos; y aunque Geraldine, demasiado inteligente y suspicaz lo percibía así en el fondo, su afán de realizarse de entablar más y mejores relaciones con quienes poseían dinero y poder, así como el capitalizar experiencias, aprendiendo de todo y de todos, escuchando, observando, analizando, incursionándose a profundidad en un mundo que unos años antes jamás hubiera podido sospechar que existía; la conminaban a continuar en aquella carrera ascendente que habría de valerle alguna vez detentar un puesto importante en las oficinas centrales, y tal vez, aunque en su condición de latina era casi un sueño, en la remota sede allá en la urbe del extranjero desde cuyas salas de juntas del poderoso corporativo, se tomaban muchas de las decisiones cuyas consecuencias suelen repercutir en el bolsillo de los despistados ciudadanos, y significar para muchos horas de insomnios e inquietudes sin límites.

Así entre el empeño de mantener su ya prestigiada posición de mujer de negocios, Geraldine no desdeñaba aceptar invitaciones a comer en los lujosos restaurantes de la zona y con minuciosidad atendía detalles que incluían felicitar personalmente a sus clientes principales enviándoles telegramas o llamándoles por teléfono en el día de sus cumpleaños, interesarse sinceramente por la marcha de sus negocios, y hasta llegaba a visitar alguna vez las empresas, cuyos dirigentes al siguiente día terminaban por contratar seguros que además del beneficio económico para el banco, propiciaban a la incansable ejecutiva relaciones y contactos. No obstante, sistemáticamente se abstenía de asistir a cenas, o reuniones que con inocente fachada facilitaran alguna intimidación mayor, disculpándose mediante una sonrisa amable, pregonera de buena crianza e inmejorable educación con un *tengo novio, muchas gracias, sino estuviera comprometida aceptaría gustosamente*, o frases mucho más halagadoras, pero no afirmativas: *Me concede usted un verdadero honor, y no sabe cuanta pena me causa rechazarlo*, o aún mejor: *es usted un hombre interesante, pero ha llegado demasiado tarde...* y a las consabidas preguntas *¿Se va a casar?* Respondía invariablemente *eso espero y si llegara a suceder, me agradaría contar con el placer de verlo en mi boda...* algunos aspirantes a flirtear con Geraldine se daban por medianamente satisfechos con sus excusas, otros más insistentes, pretendían cosechar alguna esperanza, lo que la joven no desechaba por completo respondiéndoles: *la vida da tantas vueltas...que a lo mejor algún día me animo, si tal llegara a pasar yo se lo haría saber...* y sólo a los más recalcitrantes les recordaba la prohibición explícita de Banindustria en el sentido de abstenerse de intimar con los clientes que si bien

favorecían a la institución y debían ser atendidos con cordialidad, ello no debía prestarse a desarrollar ningún otro tipo de relación, y sólo en alguna vez debió emplear con un junior patán una afirmación más enérgica: *señor mi obligación y mi deseo es servirle profesionalmente y confío que usted respetará y apreciará ese propósito, pero aquí no soy una mujer a la caza de amigos, sino un funcionario...¿Y después?* había contestado el mequetrefe *después... cuando dejo mi trabajo, es mi vida, y de ella no tengo porque dar cuenta a nadie.*

La respuesta de Geraldine había sido acompañada de una fría sonrisa, pero en un tono tan terminante que no admitió réplica; pudo haberse llevado el cuenta habiente sus negocios a otro banco, pero ella le hizo ver las ventajas de seguir operando con Banindustria explicándole que la competencia jamás podría igualarlas.

Sin embargo la seriedad de Geraldine con clientes y compañeros no afectaba en absoluto sus relaciones, en la oficina se llevaba bien incluso con las muchachas que desempeñaban labores de limpieza, jamás rechazaba compartir ninguna comida de la calidad que fuera, intercambiaba gustosa regalos en los cumpleaños y celebraciones navideñas y no desdeñaba bailar alguna pieza en las fiestas con todo aquel que lo solicitaba, aunque en ocasiones solía esfumarse intempestivamente pretextando que no le parecía justo hacer esperar demasiado a su paciente novio verdadero dechado de puntualidad.

-2-

Sosegada, sensible, tranquila, segura de si misma, gustosa de vivir y de leer, noble ocupación a la que solía invertir muchas horas restándolas a la televisión; a diferencia de otras jóvenes de su edad que preferían bailotear hablando idioteces insulsas, que emplear su tiempo y su vida en algo provechoso; la bien administrada vida de Geraldine transcurría rigurosamente programada entre su trabajo, atender a sus padres y cultivarse con cuanto libro caía en sus manos o que adquiría en las librerías de la zona sur de la ciudad que gustaba de vez en cuando visitar; y sólo los viernes o los sábados por la noche consentía en compartir un café, una copa, una cena, ver una película o asistir a una función de teatro con Lucio, un irreprochable muchacho apenas un par de años mayor que ella, dueño de una factoría que al principio era muy modesta, donde se fabricaba fleje para el aseguramiento de cajas, empaques y bultos que debían ser transportados, el cual había llegado a Banindustria justamente en el tiempo en que la joven había sido promovida a ejecutiva de cuentas.

El pequeño empresario como muchos otros usuarios venía en busca de un crédito bancario que le permitiera crecer y modernizar su incipiente negocio, Geraldine lo escuchó pacientemente, revisó su documentación buscando una cobertura por donde fuera posible favorecer su petición, sin salirse de las estrictas normas del banco, desconfiado y convenenciero como suelen ser los dueños del dinero, si bien al final las objeciones inherentes fueron vencidas, cuando se constató que el préstamo que pretendía el solicitante, estaría ampliamente respaldado por la solvencia del fiador, que resultaba ser el propio padre del solicitante.

Lucio obtuvo cuanto se proponía y confió a Banindustria el manejo de sus cuentas, creándose así un recíproco intercambio de confianza. Geraldine entusiasmada por servir a la empresa donde laboraba y apoyar las inquietudes del joven emprendedor con quién empezó rápidamente a simpatizar, se propuso promoverlo con todos los clientes cuya relación pudiera serle de utilidad, y con su fina intuición de mujer de negocios empezó a orientarlo y aconsejarlo animándolo a salir avante de todas las vicisitudes y altibajos que menudean sobre las empresas de creación reciente y que buscan con denuedo consolidarse en el mercado, siempre competido, traicionero y peligroso.

Lucio la dio por consultar a Geraldine frecuentemente aplazando cualquier decisión hasta no ser escuchado y recibir asesoría de la joven, lo que dio lugar a que se estableciera entre ellos la costumbre de comer juntos un día por mes, reuniones en las que faltando a su determinación Geraldine aceptó compartir alguna copa, desembocando así en una amistad de la que no tardó en surgir una apasionada declaración amorosa.

Geraldine no respondió de inmediato y tardó bastante en decidirse, si bien terminó por aceptar un noviazgo motivada por la constancia, la delicadeza y la honradez de su pretendiente; el muchacho decidido a conquistarla a plenitud empezó a hablar de matrimonio, lo que al principio dejó pensativa a la joven quién insistía en preservar su carrera y su independencia; a tan loable aspiración Lucio no sólo cedió de inmediato, sino que además se ofreció a apoyar lo que consideraba era su derecho de mujer moderna, y accedió gustoso a la idea de planear una familia al menos cinco años después de la boda, conviniendo además que si llegaban a tener un hijo este vendría cuando la pareja estuviera solidamente consolidada moral y económicamente.

Una mañana Lucio le anunció que las cifras del balance de Flejes y Empaques SA de CV estaban en números negros, habiéndose cubierto puntualmente todos los créditos y que al modesto local se le habían ido agregando otras construcciones para bodegas y un vasto estacionamiento donde se agruparían los vehículos de reparto en número cada vez mayor. Las adaptaciones obras y ampliaciones alcanzaron a la oficina que se dotó de muebles metálicos, pero lo más relevante consistió en la adquisición de maquinaria moderna, importada, que con la más evolucionada tecnología iba a duplicar a un costo menor la producción.

Semejantes innovaciones propiciaron un brindis al cual fue invitada Geraldine con la doble representación de funcionaria bancaria y novia del empresario, lo que le significó cortar un listoncillo rojo y hacer la respetiva declaratoria de reinauguración, entre apretones de manos, abrazos y buenos deseos de clientes, proveedores, distribuidores y empleados. Cuando concluyó la sencilla ceremonia los sonrientes novios se retiraron para ir a compartir un almuerzo, evento que culminó con la entrega de una sortija que ostentaba un precioso brillante, y que Lucio ofreció a su novia, sellando de esta manera un compromiso, la alhaja fue recibida con sincero agrado por Geraldine, quién se mostró tan halagada y agradecida, que correspondió con un beso cálido, ocasionado que el feliz negociante la notificara acerca de su decisión de abrir al día siguiente una cuenta de inversión a nombre de ambos, destinada a adquirir lo que iba a ser su futuro hogar; de pronto ella pensó que Lucio iba demasiado aprisa, pero la euforia causada por el vino, el sofisticado menú, la sortija y el hablar honesto de su novio le impidieron poner la más leve objeción, y mucho menos hablar de un aplazamiento; en el fondo simpatizaba con el noble entusiasmo que su novio ponía en sus proyectos matrimoniales, aunque a veces no lograba contagiarla, ni mucho menos sentir que le brotaba la ilusión por un hogar risueño confortable y rodeado de un jardín donde el césped estaría perpetuamente bien recortado y las flores variopintas proliferarían, entonces debía admitir con cierto remordimiento y pesar: *que no estaba enamorada* y confesaba a su madre ese desgano, esa incapacidad involuntaria de no poder ni saber amar, a lo que Doña Teresa cuya voluntad había sido plenamente conquistada por Lucio contestaba siempre que seguramente terminaría por querer al que sin duda alguna iba a convertirse en su marido cuando compartieran juntos la vida; y para animarla le repetía. -¡Es un magnífico muchacho!- ella convencida terminaba por dar la razón a su madre y por unos días hacia esfuerzos por mostrarse más cariñosa y decidida en construir ese futuro rosa con el que Lucio soñaba cada día.

Un año más tarde, y finalmente contagiada por su ilusionado galán, la joven pareja la dio por emplear los fines de semana en repasar la casi interminable lista de casas en venta, nuevas, remozadas, caras, baratas, de oportunidad, lejos, y cerca de la zona céntrica, algunas verdaderamente atractivas si bien con un costo que en mucho

excedía el presupuesto del pequeño empresario. Una tarde después de visitar una hermosa residencia pintada de rosa aparentando con la fachada una casa de muñecas, ante la incapacidad de Lucio de poder hacer una inversión mayor, Geraldine ofreció agregar sus ahorros al proyecto, Lucio aunque profundamente agradecido rechazó la generosa oferta de su novia argumentando que fiel a la tradición familiar debía ser él únicamente quién aportara el costo de la vivienda que habría de cobijarles, ella hizo hincapié de que en las parejas modernas, donde es habitual que la mujer trabaje y sea dueña además de recursos, es común que ambos cooperen para procurarse un patrimonio, y la discusión aunque amistosa y en un tono moderado se prolongó, concluyendo en que el muchacho admitiría que su novia sufragara algunos gastos concernientes a la decoración y amueblado del futuro hogar, Lucio constató que por fin había conseguido involucrar a su novia en su proyecto y ella se sintió aliviada, ya que si no se sentía capaz de dar amor al menos aportaría dinero, después de todo estaba convencida de que su pretendiente sería sin duda alguna un esposo excelente ya que era trabajador, responsable, bien intencionado a más de que su agradable presencia, su trato fino provocaba siempre sonrisas y miradas codiciosas de las féminas solteras quienes percibían que se trataba de un atractivo partido, lo cual satisfacía su vanidad de mujer que conlleva la satisfacción de saber que un hombre de mérito le pertenece.

Hogareño por naturaleza, buen hijo y adicto incondicional de sus padres a quienes siempre nombraba en sus conversaciones, ardía en deseos de presentarles a su novia a la que adjudicaba todas las cualidades, y la cual sin duda alguna, habría de agrandar a su madre quién le recomendaba frecuentemente que debía casarse, preocupada de que su hijo predilecto recibiera las atenciones que ella ya no podía brindarle; así que para el muchacho fue doblemente satisfactorio el que la joven aceptara conocer a su familia, ya que desde hacía algún tiempo él era recibido con deferencia y estimación por los Prado; y doña Teresa solía invitarle una taza del aromático té de la india, al que era muy adicta; y que servía bien caliente al que no dudaba iba a ser su futuro yerno, mientras su hija, al igual que todas las chicas terminaba de acicalarse frente al tocador, además de que en dos o tres ocasiones el muchacho había sido invitado a compartir el pan departiendo además con el contador Guillermo del Prado padre de Geraldine y de su hermano Gabriel un retraído estudiante de química poco amigo del diálogo y al que había que sacarle las palabras con tirabuzón.

-¡Qué bueno que vas a conocer a mis padres! –se felicitó Lucio- una vez que Geraldine obtuvo el consentimiento del contable para pasar un fin de semana en Cuernavaca donde radicaba la familia de su novio el ingeniero Arcadio Ballesteros, la señora Hortensia Aznar su esposa y la hermana sabihonda, Estrella, psicóloga de profesión y muy adicta a los estudios esotéricos, a la parasicología y a la metafísica, ciencias modernas que según ella cada día ganaban más adeptos.

Lucio previno a los suyos, anunciándoles que el viernes siguiente llegaría muy bien acompañado a Los Tabachines, fraccionamiento de Cuernavaca al lado del campo de golf del mismo nombre, donde el ingeniero, fanático cultivador de ese deporte había decidido instalar su casa, decidido a tomarse unas largas vacaciones, después de que durante cuarenta años ininterrumpidos de su vida laboral invertidos en la cementera, las obligaciones y su amplio sentido de responsabilidad no se lo habían permitido; al goce de tan justa recompensa por su laboriosidad se sometió de buen grado su esposa quién finalmente encontró en el calor seco de Cuernavaca la calidez de su natal Mérida, donde su linajuda y ricachona familia había disfrutado de la riqueza producto de la explotación de haciendas henequeneras, latifundios, ganados y a no dudar, en épocas pasadas, hasta de esclavos o sus equivalentes; y donde a despecho de la cacareada revolución que al final les había decomisado las tierras, dentro del cascarón de la hacienda rescatada, todavía se levantaba íntegra la señorial casona con escudo heráldico incrustado en el porche, emblema que se repetía hasta en la amarillenta vajilla de Sevrés almacenada tras

los cristales cincelados de la vitrina colocada dentro del patriarcal comedor ornado con gobelinos y descascaradas pinturas con escenas mitológicas de faunos persiguiendo a gordezuelas doncellas. Los primitivos Aznar quienes seguramente habían sido aventureros o a lo mucho pastores en la península, al llegar a tierras de América se habían adjudicado por derecho, compra, o despojo tierras y bienes, a los que agregaron inventados, comprados o turbiamente negociados títulos nobiliarios, que los convirtieron en señores de abolengo, horca y cuchillo.

Estrella progresista y seguidora de Freud de quién aseguraba había sido el libertador de la pobre humanidad emancipándola de sus rancios y torpes prejuicios, había egresado de la universidad estatal y quién ahora proseguía estudios de postgrado, se opuso al principio al traslado de su familia del Distrito Federal a la llamada ciudad de la eterna primavera, alegando que en la entidad morelense difícilmente conseguiría clientela para su profesión, pero apenas instaló su consultorio, constató exactamente lo contrario, pues los pudientes habitantes de las zonas aledañas que acogían gente acomodada empezaron a acudir en busca de terapias, consejos, orientación y ayuda para enfrentar sus múltiples problemas y deficiencias, demostrando que el dinero con ser tan importante no resuelve la vida; finalmente adueñada de una amplia clientela de burgueses, terminó por atender a los pacientes mediante una cita previa.

Lucio bromista y amigo de la polémica con su hermana gustaba discutir con ella muchos temas, de cuyas conclusiones salía frecuentemente derrotado, constatando su ignorancia en todo lo que no fuera concerniente a su oficio de negociante, aunque ostentara el título de licenciado en Comercio Internacional.

Deseoso de causar a la que ya consideraba como su prometida la mejor impresión previno a los suyos con antelación acerca del recibimiento que habría de ofrecerse a la visitante.

Doña Hortensia dispuso el bungalow ubicado en el quinto nivel de la propiedad a cuyo pie corría mansamente un hilo de agua mansa que se engrosaba en las épocas lluviosas, después se dedicó a programar con la ayuda y parecer de la cocinera las exquisiteces culinarias de su tierra con las que se pensaba agasajar a la joven, y Arcadio bromeó con su hijo anunciándole que invitaría a su novia a presenciar un partido de golf en el club del que confiaba en salir victorioso sobre los más enconados contrincantes.

Y al fin, aquella mañana de quincena, apenas Geraldine se había posesionado de su escritorio, recibió la llamada de su novio rectificando que a las cinco de la tarde pasaría a recogerla a su domicilio para emprender el viaje a la dorada capital morelense, la joven titubeó acerca de la elección del vestuario apropiado que estuviese acorde con el clima caluroso y la buena impresión que pretendía dejar, femenina inquietud a la que Lucio siempre galante aplacó afirmando que ella se vería siempre guapa sin importar demasiado la ropa que portara..

¡Llegarás a tiempo de saborear los más sabrosos panuchos que mamá va a preparar para ti!- anunció Lucio- aunque como es viernes y la autopista suele estar muy concurrida, el viaje nos va a llevar seguramente más de hora y media...

Geraldine se despidió con un simple *–Nos vemos luego–* dando por terminada la entrevista, un minuto después teclaba la computadora y atendía a un nuevo cliente a quién aseguraba que era un verdadero placer servirle.

Al terminar el día, largo como todos los del mes de abril, en que la luz se detiene hasta las ocho de la noche, el tsuru blanco de Lucio dejó atrás los últimos metros de la avenida de Los Insurgentes y apenas cruzó la caseta de cobro de la autopista se fue encaminando hacia Cuernavaca.

A su derecha el espinazo accidentado de la cordillera del Ajusco se escondió por completo y pronto se fue diluyendo entre el horizonte confundido entre la nubes; en su lugar aparecieron las paredes de las montañas cortadas a pico, mientras por delante se iban sucediendo las curvas peligrosas, propiciando cambiantes panoramas, que se alternaban como estampas de una escenografía múltiple. A la izquierda, al borde de la autopista se sucedían pequeños abismos tapizados de verdura, mientras se desvanecía todo ese vasto enjambre de pueblos que encaramados sobre las montañas del valle de México, se han erigido en sus vigías y cuyas luces amarillas como precursoras de la próxima noche se fueron encendiendo.

Lucio conducía concentrado, con los ojos clavados en la carretera y venciendo con pesar la continua tentación de voltearse a contemplar el adorado rostro de su novia, después de todo se trataba de la primera vez que ambos salían juntos en las afueras de la metrópoli, y él se sentía nervioso y presionado por la enorme responsabilidad de sentir a diez centímetros de distancia el bien amado ser que anhelaba cobijar por un par de días en el hogar paterno, en el que había ponderado tanto la belleza y cualidades de la muchacha que hasta Estrella, escéptica y objetiva cómo suelen ser los de su profesión, debió haber transitado de la simple curiosidad al más vivo interés.

Aunque atento a la cuesta que va prolongándose hasta Tres Marías, Lucio trataba de evitar que su acompañante cayera en el aburrimiento y para distraerla trajo a colación el tema de los suyos:

-A mamá Hortensia le gusta la vida tranquila, goza de buena salud y aunque disponemos de una excelente cocinera, insiste en visitar con frecuencia la cocina, donde cultiva con preferencia la repostería, por más que a veces sus pasteles resultan demasiado empalagosos para mi gusto; en cambio me encantan la sopa de lima, la cochinita pibil y los papadzules que prepara con recetas muy antiguas, importadas de su Yucatán peninsular y que de tanto practicarlas no se le han olvidado y ahí tienes que en casa siempre aguardamos relamiéndonos los labios, el día de volver a disfrutar esos platillos.

-Aunque supongo que tú que la pasas más bien en México, tendrás poca oportunidad. de concederte ese placer.

-Tienes razón, pero debo decirte que nunca abandono por más de una semana el convivir con los míos, mi madre se preocupa demasiado por mí y en cuanto a Arcadio ¿Qué te puedo contar? ¡Es mi mejor amigo!

-¿Arcadio?

-Sí mi señor padre, quién me pide siempre que le llame simplemente así.

-¡Qué bueno! ¡Si yo pudiera hacer otro tanto con mi papá!...¡Pero es tan formal!...

-Intenta proponérselo un día, a la buena consiente... aunque te diré que eso de tener papá y amigo en Cuernavaca se me complica, pues estoy siempre dividido viviendo en mi departamento en la ciudad de México, en la fábrica y en mi casa como hijo de familia de la que no me desprendo aún; y a la que debo venir a lo menos dos o tres veces cada mes

-Así no te aburrirás.

-En el fraccionamiento donde vivimos y que se llama Los Tabachines hay un club de golf. Las familias un poco aisladas de la ciudad de México y hasta del resto de Cuernavaca distraen sus ocios invitándose recíprocamente a cenas y comidas y cómo se

trata de gente de posición desahogada, los brindis y festejos por cumpleaños y hasta por acontecimientos irrelevantes se multiplican interminables; y mi madre quién goza de simpatías está siempre invitada bien sea con argentinos, españoles, norteamericanos, franceses, ingleses y por supuesto con nuestros nacionales.

-¿Hay muchos extranjeros aposentados en el fraccionamiento?

-Sí, aunque en buena parte se trata de adultos mayores, gente que se ha jubilado o que está retirada de su profesión o negocios y que vive de dividendos, pensiones, rentas y subarriendos que no requieren vigilancia a toda hora, aunque algunos suelen descogarse hasta la ciudad de México para hacer sus transacciones o por el sólo placer de romper la monotonía y salir de la rutina, porque después de todo ¡La excesiva tranquilidad también cansa!

-¿Y tu padre?

-Papá se siente joven y todavía está lleno de vida. Reconoce que es un adulto, pero jamás se comportará como un viejo, aunque en sus patillas color castaño empiecen a blanquear algunas canas, por lo demás se mantiene totalmente en forma, practicando diariamente su deporte favorito que es el golf, del que es un consumado campeón con no se cuantas docenas de premios ganados, incluso hasta un auto que ganó en un concurso.

-¡Un auto! –repite Geraldine enmarcando las cejas.

-Pero no es todo, en casa abundan tantos trofeos que mamá ya no sabe donde colocarlos, pero además ha obtenido viajes, invitaciones para competir en Estados Unidos, Chile, Brasil y hasta en algunos países de Europa, representando al prestigiado club de Cuernavaca.

-Entonces es un triunfador.

-Bueno, es un deportista que ha jugado desde la adolescencia y además un nadador extraordinario, otro tanto ha hecho actuando como profesionalista, y al igual que tú, escalando puestos, y conquistando una brillante trayectoria que le ha valido honores y consideraciones al por mayor... aunque, aquí entre nos, también considero que es un hombre de suerte.

-Pero me decías que se había retirado...

-Mas por cansancio que por incapacidad, aunque no dudo de que algún día, cuando se fastidie del club o de las reuniones con sus amigos, o que de plano ya no soporte las amistades de mamá, formadas por viudas, solteras y herederas tristes; volverá a las andadas y le veremos nuevamente trabajando sin desmayo sus dieciocho horas reglamentarias o viajando por los cinco continentes.

-¡Qué envidia! –susurró la joven.

Un viento frío acompañado de la consiguiente neblina de La Cima invitó a la joven a subir los cristales.

-¿Tienes frío? ¿Te agradecería que pusiera la calefacción?

-No, gracias.

-En unos minutos vamos a descender hasta el valle de Cuernavaca y empezarás a disfrutar de un calor agradable.

-Aquí empieza a cambiar el paisaje.

-Sí y hasta parece que en Morelos la tierra nunca se fatiga de engendrar hierbas, árboles y flores; y la naturaleza que es una madre prolífica propicia que la primavera no se vaya nunca .

Había empezado francamente a anochecer y las sombras nocturnas iban cayendo sobre la lejanas crestas de las montañas todavía lejanas, si bien manchas oscuras denunciaban poblados apartados, y Geraldine preguntó por el famoso Tepozteco.

-Allá lo tienes casi a tus pies, aunque ahora es casi imposible distinguir exactamente el punto donde se levanta.

La joven se asomó hacia el extenso valle que se extendía a sus pies cual un enorme tapete, y Lucio señalando un punto casi imperceptible en el horizonte agregó:

-Mira, allá al fondo, casi donde termina el horizonte, quedan los volcanes, a esta hora es casi imposible distinguirlos, pero en las mañanas despejadas dejan ver sus copetes nevados que delatan la cumbre del Popo o las jorobas del Iztla.

Geraldine absorta en la contemplación no respondió, pero Lucio dichoso de saberla cerca en una rápida mirada sorprendió en su pecho su respiración, levantándole rítmicamente los senos, y en aquella breve contemplación se sintió dichoso.

Quince minutos después entraban en Cuernavaca, entonces la joven sacó un espejito para observarse y retocar el maquillaje, se mordió los labios, extrajo el bilet, aplicó un poco de colorete en las mejillas y derramó unas gotas de un minúsculo perfumero en los lóbulos de las pequeñas orejas, el cuello, la frente, los párpados, las sienes y el cuello; mientras tanto el auto penetraba bajo el arco del elegante club, al que sólo se permitía acceder previa identificación de la membresía que verificaban los officiosos guardias de seguridad, aunque el tsurú blanco que les era ya bastante conocido fue franqueado inmediatamente con un cordial saludo del vigilante.

-La casa se ubica precisamente en el boulevard –aclaró Lucio, mientras desfilaban en frente de dos hileras de mansiones a cual más lujosa, luego, después de un buen trecho, apareció en el flanco de la derecha el campo de golf con su decena de hoyos, verde, profusamente iluminado, en el que lucían las modernas instalaciones provistas de un lago, piscinas para nadar, restaurante, árboles cuidadosamente recortados y el césped inglés, verde, fresco y suave cual una mullida alfombra.

Una corona de montañas que parecían colocadas a propósito para tocarlas con sólo estirar la mano abrigaban aquel rincón de paraíso mahometano en el que podían seguramente deambular airosamente las ninfas; y cuando Geraldine descendió del auto, era una de ellas.

-4-

El recibimiento fue muy cordial. Los padres de Lucio, Arcadio y Hortensia acompañados de Estrella, su hija más joven, salieron al porche de la mansión para dar la bienvenida a la pareja, mientras doña Anita, quién desempeñaba el doble papel de sirvienta de confianza y ama de llaves, ayudada por su hijo mayor se ocuparon de trasladar el equipaje de la huésped dentro de la casa.

Arcadio tendió la mano afectuosamente a Geraldine y abrazó seguidamente a su hijo, doña Hortensia que al verla exclamó ¡Qué linda! después de haberla obsequiado un cariñoso beso sobre la mejilla, colocó otro más sobre la frente de su vástago, Estrella la saludó con un confianzudo ¡Hola! ¿Cómo estás? Y a los cinco minutos todos se instalaron muy cómodos sentados en la sala profusamente iluminada, y cuyos amplios ventanales permitían que a su vez se filtrara la luz azulada de la noche.

La estancia había sido decorada con lujo y ostentaba mullidos sofás en los que más que sentarse parecía que el ocupante se hundía sobre una nube de espumas.

Arcadio preguntó a los recién llegados si habían tenido buen viaje.

-Excelente papá –respondió Lucio- esperábamos encontrar mucho tráfico en la autopista como suele ocurrir todos los fines de semana, pero por fortuna esta tarde no estuvo demasiado concurrida, lo que nos permitió desplazarnos con rapidez.

-Entonces quiere decir ¿Qué el recorrido complació a tu acompañante? –preguntó el ingeniero prodigando una amable sonrisa a la recién llegada.

-Lo disfrute mucho ingeniero, por más que las sombras de la noche que estaba cayendo, nos impidieron apreciar mejor el paisaje. –Respondió la joven.

-Seguramente encontraremos una oportunidad para que lo disfrute mejor señorita –propuso obsequioso.

-Gracias señor, pero le ruego llamarme Geraldine.

-Lo haré gustosamente si usted a su vez me concede el placer de nombrarme simplemente Arcadio..

Ella asintió con la sonrisa dejando ver que detrás de la boca cuidadosamente dibujada se asomaban dos hileras de dientes blancos, y simétricos, luego fijó los ojos intensa aunque brevemente en el padre de su novio, abarcando en una mirada todo cuanto representaba aquella interesante personalidad y corroborando con creces, cuanto en informales conversaciones le había referido Lucio acerca de su progenitor.

Se trataba de un hombre efectivamente sin edad física manifiesta, aunque muy lejos por cierto de aparentar las siete décadas que supuestamente había cumplido. La musculatura, la prestancia, el andar firme, el porte erguido y varonil, la cabellera aún muy poblada aunque con entradas que le conferían un aire intelectual acorde con su rango de profesionista ampliamente reconocido; el rostro sin una arruga, impecable y escrupulosamente rasurado, la piel blanca rebosante de salud, y sobre todo la sonrisa de hombre satisfecho con que acompañaba todas sus palabras denotaban al genuino amante de la vida, quién pasaba no por sus últimas etapas, sino más bien por otro período diferente de una existencia plena, en que la parsimonia, la seguridad, la experiencia, y la sabiduría cosechada en los viajes y recogida en los libros, se manifestaban admirablemente para concederle esa atractiva apariencia, que hacía olvidar sus años; y si a lo anterior se le sumaba el don de la simpatía, una tendencia fina a burlarse benignamente de todo, hasta de si mismo, y un estilo muy personal con el que solía revestir sus palabras, volviéndolo agradable y divertido; se convendrá el motivo por el que desde al comienzo de la animada tertulia, su plática amena sumada a las señaladas atenciones con que obsequiaba a la invitada, ganaron inmediatamente la voluntad de Geraldine quién se mantuvo en todo momento alegre y atraída por su gentil anfitrión., quién unos minutos después le preguntaba que le agradaría tomar y cual era su bebida favorita, y cómo Geraldine tardara en responderle, él con galantería enumeró cuanto podía ofrecerle, inclusive champagne, whisky, cognac, una copa de chianti, una piña colada, unas medias de seda y hasta una copa del sabroso tequila nacional; la joven optó por un campari que al punto le fue servido con su respectiva aceituna al borde la copa, mientras los demás eligieron un trago con brandy español, que Arcadio escanció en unas caprichosas copas de cristal checoeslovaco, acompañando la bebida con vasos de refresco, hielo y deliciosos bocadillos.

Al punto todos brindaron por la hermosa novia de Lucio, que superaba con creces todo lo que se habían imaginado a partir de las efusivas descripciones de su enamorado, entonces sin perder la seguridad el verse así distinguida, Geraldine con las mejillas ligeramente sonrojadas, chocó su copa agradeciendo a cada uno sus amables atenciones, Arcadio la instó a que se olvidara de cumplidos y se sintiera como en su propia casa, manteniendo esa sonrisa encantadora que todos deseaban no se apagara de sus labios. La muchacha respondió que estaba muy contenta de encontrarse entre aquella hermosa familia y les aseguró que no decaería su buen humor; su amable respuesta propició que se adueñara de la escena, manteniendo efectivamente la alegría que no disminuyó durante toda la velada, y a la tercera copa cada vez más gratamente sorprendida del cordial recibimiento, la joven intentó ensayar unas palabras para expresar su gratitud a Lucio por haberle brindado la oportunidad de disfrutar la compañía de los suyos, y sobre todo por la de conocer a su señora madre, la señora Hortensia a quién desde hacia mucho tiempo sentía el deseo de tratar, sus palabras motivaron que la dama secundando a su esposo, le prodigara otro alud de generosos halagos y hasta la joven psicóloga, quién al principio se comportó observadora y reservada terminó por felicitar a su hermano por su excelente buen gusto y envidiable suerte.

Lucio, sentado al lado de su prometida, gozaba como nunca un envidiable estremecimiento que recorriendo todo su cuerpo aceleraba los latidos de su corazón, repetidos en sus sienes; por el privilegiado hecho de oprimir con inefable placer una mano de su prometida que por vez primera se la había abandonado, tal vez por encontrarse un tanto distraída, mientras que Arcadio que los observaba sonriente, se felicitaba de encontrar a su hijo tan enamorado; y a su prometida tan hermosa.

-5-

La inteligente ejecutiva de Banindustria poseía un rostro ovalado, casi perfecto, los ensortijados cabellos castaño oscuro caían con gracia sobre los hombros exquisitamente torneados, los ojos, color miel, muy expresivos, bajo la perfecta armonía de las cejas y sombreados por largas pestañas hermozeaban aquel semblante sereno donde la dulzura se había quedado incrustada, aquella cara sin duda habría cautivado a Coreggio.

El cuerpo esa tarde rescatado de la impersonal severidad del uniforme bancario, se engalanaba con un trajecito de dos piezas, cuya corta falda se llenaba con la espléndida gracia de dos espléndidas piernas, oprimiendo las caderas que eran como dos insuperables monumentos de carne, afinando la cintura, combando el vientre, revelando la turgencia de los senos cuyas esféricas suavidades eran glorias que empezaban a anunciarse desde el adorable hoyuelo que como un nido de ternuras insospechadas nacía de una garganta tersa que invitaba a la adoración del beso; y al beso conminaban también la nuca, las pequeñas orejas adornadas por los diminutos corales de los lóbulos adornados por pequeñas perlas con el oriente rosado, al beso invitaba aquel capullo de mujer todavía cerrado, al beso llamaba aquel corazón alegre en el que no parecían hallar acomodo ni el desencanto ni la tristeza; lo que al hombre práctico, que era Arcadio le indujo a consentir, rompiendo su habitual objetividad, que aquella muchacha casi increíble, era mucho más digna de ser soñada que de ser vista, y entre tanto se conversaba de muchos temas, saltando despreocupadamente de uno a otro, Arcadio meditaba en que hay cuerpos que son sólo derroches de carne bien proporcionada, y que en cambio el de Geraldine era uno de esos que parecen contener un alma en cada poro de la piel, y el hombre de mundo que había en él, detectó en ella ese algo superior, diferente de lo común en el resto de las mujeres y hasta adivinó que detrás de la frialdad que requería el oficio de la joven, debía haber permanecido intocada la soñadora, tierna, juvenil, intensamente pasional, inmensamente mujer, dotada de una flexible y juguetona sensibilidad que parecía esponjarse en la gracia de sus movimientos, y hasta en el desenfado mórbido y travieso con el que en un gesto despreocupado despeinaba de vez en cuando con la mano izquierda los cabellos de Lucio, quién se debía sentir electrizado al simple roce de aquellos dedos aristocráticos y alargados, mientras ella desparramaba en sus miradas un afecto más que amor, por aquel novio que la adoraba; y a quién ya le debió atribuir seguramente el mérito de haber montado para aquella ocasión, aquella cálida bienvenida donde la admiración, y la fineza de todos se congregó para agradecerla y servirla, haciéndole inolvidable esa hora, en la que fue la estrella de aquella noche estrellada y voluptuosamente cálida de Cuernavaca.

Pronto doña Anita anunció a la señora Hortensia que la cena estaba servida y como tal dispuesta en una mesa regiamente adornada, y en cuyo sitio de honor, se había puesto dedicado a Geraldine un precioso bouquet de flores con una tarjeta firmada por los cuatro miembros de la familia que ostentaba en preciosos caracteres la leyenda: ¡Bienvenida!

Entonces con los ojos húmedos y sin abandonar el brazo de Lucio dio las gracias emocionada por tan señalada deferencia.

Arcadio continuó vigilando el buen servicio hasta el último detalle y la anfitriona empezó a llamarla *querida mía* y en cuanto Estrella ya totalmente olvidada de la psicología se chanceó con ella.

Acto seguido se volvieron a elevar las copas para brindar nuevamente por el futuro de la feliz pareja.

La cena realmente opípara mereció elogios, los manjares que un día deleitaron a Alma Reed, podían haber tentado lo mismo el paladar de príncipes, el postre fue a decir de Geraldine sensacional y cuando llegó el momento de degustar una taza del aromático café veracruzano, Arcadio acudió al bar para llenar las copas con el ambarino Amareto; mientras brindaba nuevamente porque la estancia de la graciosa beldad fuera agradable y felicitaba a Lucio por haber tenido la suerte y el buen gusto de elegir una muchacha que poseía inteligencia, belleza y sencillez, Lucio a quién se unieron la embriaguez del amor con la del vino, sintiendo que los ojos del alma se le iban tras de ella, cerró el brindis proclamándola ¡Mi reina!

Daba la una de la mañana, cuando Arcadio siempre oportuno y considerado juzgando que su huésped debía hallarse fatigada propuso que le permitieran descansar, entonces doña Hortensia la condujo seguida de la señora Anita hasta la confortable recámara que le habían asignado en el quinto nivel de la residencia, a cuyo pie se hallaba un jardincillo que desembocaba en una playa en la que a unos pasos fluía el arroyo. El huele-de-noche inundaba el ambiente; y la habitación no podía ser más acogedora, pues todo destilaba limpieza y armonía, la Queen Size era un lecho real, el baño contiguo a la habitación había sido dotado de una bata nueva, zapatillas de baño, toallas, loción, sales, jabones importados, cremas, shampoo, perfume, y el amplio tocador se adornaba con otro ramo de rosas que portaba reiteradamente la tarjeta con la amable inscripción: ¡Bienvenida!

Lucio la acompañó hasta la puerta del aposento, doña Hortensia insistió en que la dejaran dormir el tiempo que apeteciera, y se despidió deseándole el más reparador de los sueños, Estrella hizo otro tanto, Lucio le preguntó una vez más si se sentía bien, y ella le ofreció su mejilla para que él se la besara cómo despedida, mientras le declaraba

-¡Gracias por todo! ¡He estado verdaderamente feliz!

Lucio la miró embelesado sin saber que contestarle, entonces ella acercándolo susurró:

-¡Por Dios qué guapo es tu padre!

-6-

La perlina claridad del amanecer se filtró a través del amplio ventanal del bungalow traspasando la impoluta gasa de las cortinas..

Geraldine se despertó. Había dormido cinco horas, suficientes para contentar aquella naturaleza joven, su cuerpo satisfecho rechazó la cama y desdeñando las pantuflas se adelantó descalza para contemplar a sus anchas aquel derroche de luz creciente que se ostentaba en los albores mañaneros cual una inmensa nube de ópalos.

Abrió las ventanas permitiendo que el aire fresco penetrara en su nariz, inundara sus pulmones y se deslizara por todo su cuerpo cómo un reconfortante elixir de vida. Dos o tres bocanadas de oxígeno le devolvieron presurosas la lucidez, el recuerdo de los recientes acontecimientos y la conciencia de ubicarse precisamente dentro de una casa que no era la suya, pero cuyo entorno le resultaba tan agradable.

La vista del jardín refrescado por el rocío auroral era espléndida, y el agua murmurante que provenía del pequeño riachuelo introduciendo su cantarino caudal era como una redundancia de vida dentro de aquel panorama donde todo vivía: los naranjos agrios, los limoneros, ciruelos y perales, el césped, las flores, la tierra húmeda que parecía respirar. ¡Y se sintió agradecida y satisfecha por que ella a su vez estaba viva! Constató por vez primera en su existencia y desde el fondo de su corazón un auténtico

regocijo por pertenecer al mundo, por ser una habitante del planeta, disfrutando una euforia hasta entonces desconocida, una gratitud sincera al divino Hacedor de todo lo creado, al sublime artista quién había ideado tan preciosa escenografía para que en ella sus hijos retozaran tranquilos y felices ¡Y se percató de pronto que era otra! ahora animada y en posesión de un entusiasmo que extrañaba. Se duchó rápidamente y con esa habilidad femenina que facilita que una mujer esté presentable en unos pocos minutos, se enfundó en una blusa, metió las piernas en unos pantalones y tras de cepillarse la dócil cabellera metió los pies dentro de unos tenis informales y con alborotos de chiquilla ansiosa de juegos salió a deambular por el amplio jardín, husmeando con la naricita el aroma de las flores recién abiertas, espionando el vuelo de los pájaros, siguiendo atenta el curso de las aguas que saltaban alegres sobre un montoncito de piedras azules y distrayéndose en la ruta de una mariposa multicolor atrapada en el efímero disfrute de su corta vida. Geraldine se sonrió divertida. De pronto, sin conocer exactamente la causa, y sin preocuparse por indagar el motivo se creyó inmensamente feliz ¡Tan feliz cómo nunca había sido! Ni cuando concluyó con mención honorífica los estudios y fue colmada de abrazos y felicitaciones de maestros y condiscípulas, ni el día en que fue aceptada en el banco, ni mucho menos aún cuando la promovieron y le regalaron el auto que venía adornado con un enorme moño rojo; aquella pertenecía a otro género de felicidad, que aún no alcanzaba a descubrir pero que de pronto se le daba, sintiéndola allí, como si circulara junto con su sangre inundando sus venas ¿Era acaso la alegría por haber nacido mujer y sentirse como tal? ¿O por descubrir que en su destino cabía la certidumbre de poder llegar a enamorarse? ¿De amar plenamente, absolutamente? comprobando por vez primera que sí podía llegar a amar y por lo tanto a ser amada por quién ella quisiera, gozando otra clase de amor que no era el cariño que sentía por sus padres, ni tenía nada que ver con la estimación que le nacía por sus amigas o el afecto, respuesta de la gratitud, que destinaba a aquel novio, por sus finezas y al que en veces hasta llegaba a consentir que empezaba a extrañarlo cuando se dejaban de ver dos o tres días, y se engañaba imaginando que realmente había empezado a quererlo, aunque otras aceptara con remordimiento que sólo se dejaba arrastrar por la costumbre o por la simpatía que emanaba de aquel muchacho caballeroso, amable, poseedor de una sinceridad arrolladora y tan enamorado, que ella había sucumbido finalmente vencida por la femenina vanidad saberse lisonjeada, adorada y que en ocasiones había llegado hasta a sentirse comprometida y dispuesta a compartir y entregar su vida y su futuro a quién tanto había luchado por merecerla; pero al punto descartó esa idea, porque el despuntar del nuevo sentimiento era otra cosa muy distinta, algo a lo que no se atrevía ni siquiera a ponerle nombre porque le era totalmente desconocido, y que no tenía que ver con su comodidad y que intempestivamente sin procurárselo, ni mucho menos esperarlo, se presentaba inusitado, impredecible; algo sin nombre aún, para el que todavía no había encontrado la palabra justa para designarlo.

Una pájara que llevaba en el pico una ramita, que seguramente contendría un poco de alimento, voló hasta su nido encaramado en los ramajes altos, para llevárselo hasta su pequeño que aún incapaz de volar, se acurrucaría desplumado y hambriento, el maternal cuidado del ave, la distrajo sacándola de lo que para sus adentros habían sido sólo infantiles cavilaciones, intentado minorizar las complejos embrollos de los hilos de esa madeja llamada feminidad, y en ello estaba cuando una voz amable la despertó:

-Buenos días. ¿Ya levantada tan temprano?

-¡Señor! –exclamó la joven entre asustada y sorprendida.

-Geraldine –se adelantó él- ¿No habíamos quedado en que me llamaría por mi nombre?

-¡Oh sí, claro señor Arcadio!

-¿Ha dormido usted bien?

-Tan bien, que no he necesitado más sueño, y ya me tiene aquí dando guerra, levantada.

-No diga tal, más bien, concediéndonos el placer y la alegría de gozar su presencia.

-Desde muy temprano...

-¡Eso es! ¡Desde la mañana, para obtener todo el gozo posible del día!

-Le juro que no habría deseado por nada del mundo despertar a nadie, imagino que todos deben estar fatigados por la cena y la desvelada de anoche... aunque yo, verá usted, cómo tengo arraigado el hábito de despertar muy temprano por aquello de presentarme a trabajar, aún el día que no tengo la obligación, ya no me apetece quedarme más tiempo en la cama. Una tiene que ponerse presentable y luego, mamá no me deja salir sin que antes desayune, y tengo que obedecerla, porque si no a media mañana estoy padeciendo de hambre y de debilidad.

Arcadio la escuchaba sonriente, observando que pese a la simpleza de su atavío y total falta de maquillaje, la joven lucía hermosa con esa espontánea guapura en la que nunca podrían caer lo recargado ni lo cursi. Y aquella mañana lucía además cual un verdadero dechado de frescura y lozanía, y su juventud inquieta y juguetona, denotaba la idéntica inquietud del pájaro volandero que se levanta bien temprano porque tiene demasiada prisa de disfrutar: aire, sol, verde, y cielo.

Arcadio prendado de ella no acertó a responderle, tal si al hombre de mundo se le hubiesen huido las palabras, pero se quedó contemplándola absorto.

-¿Y a usted también le agrada igual que a mí levantarse tan temprano? –Insistió ella.

-Si Geraldine, coincidimos en esa sana costumbre, aunque usted la sigue por deber y responsabilidad y yo por conservar la salud.

-No hablemos de eso. Le juro que hoy no quisiera ni acordarme que existe la oficina. ¡Estoy tan bien aquí!

-¿De veras? Lo celebro mucho, y el saberlo nos causa mucha satisfacción y me adelanto a decirle que pondremos cuanto esté de nuestra parte para prepararle un programa interesante y que usted continúe sintiéndose contenta, a pesar de que ha venido por un tiempo tan breve ¡Apenas dos días! ¡Unas vacaciones por cierto bien cortas!

-Ya ve usted –aceptó ella con mal disimulado pesar.

-Entonces, habrá que aprovecharlas lo mejor posible ¿Le gustaría visitar ahora el campo de golf? ¡Yo acostumbro: correr, nadar, entrenarme y jugar todos los días!

-Pero Lucio debe estar todavía dormido...

-¿Y quién habla de despertarlo? No atentaremos contra el sueño de nadie, ni de Hortensia, ni de mi hija que es bien dormilona; y en cuanto a Lucio le dejaré un recado para que se reúna con nosotros cuando despierte para que nos acompañe a desayunar...

¿Qué le parece si almorzamos en el Club? Desde la terraza tiene una hermosa vista.

-Pero yo no estoy dispuesta... apenas me he puesto estos pantalones y la blusa...

-Usted se verá siempre hermosa, no importa como esté vestida.

-¿Usted cree? ¡Gracias por su galantería!

-Solo le falta algo.

-¿Algo? –repitió casi sorprendida.

-No se alarme... me refiero a su traje de baño, porque supongo que lo va a necesitar dentro de un par de horas, cuando empezará el calor, así que le vendrá muy bien nadar un poco para refrescarse.

-Entonces ¿Me permite usted un momento? Entro por el traje, la gorra, las toallas, el bronceador y todos esos cachivaches que necesitamos las mujeres.

-La aguardo en la puerta; y traiga además unas sandalias cómodas, la llevaré primero a caminar, eso le vendrá bien y hasta le despertará el apetito.

El día se anunciaba espléndido.

Geraldine retornó a los cinco minutos provista de un bolso de playa que se colgó al hombro disponiéndose para emprender lo que iba a ser una saludable caminata; y Arcadio quien era un fanático del golf se dispuso a mostrarle orgullosamente el feudo donde solía realizar sus gloriosas proezas de jugador empedernido, ávido siempre de vencer a sus no menos aguerridos competidores.

El anfitrión y su acompañante iniciaron su caminata sin prisa mientras él le iba mostrando la enorme extensión que ocupaban no sólo los hoyos estratégicamente diseminados, sino las fuentes, jardines y hasta el lago en donde nadaban algunos patos que apenas abandonaban las aguas iban a asolearse perezosos abriendo las alas en las orillas arenosas de la playa liliputiense.

A esa hora tan temprana el campo de golf lucía cual una desmesurada esmeralda y sobre el césped parejo y bien recortado por un experto jardinero brillaban como lentejuelas diseminadas las gotas cristalinas del reciente rocío mañanero, en tanto que el agua corrediza proveniente de algún pozo o manantial de los muchos que proliferaban en la zona, contribuía también a fomentar aquella perenne humedad que se volvía verdor y frescura.

La atmósfera era clara y en el cielo despejado y transparente que tenía el color turquesa de las fotografías turísticas, se hallaba suspendida como una enorme perla una nube, solitaria, inmóvil y casi extraña entre aquel horizonte infinito que lucía cómo una amplia ventana a la eternidad.

-¿Hace mucho que cultiva el deporte? –Preguntó Geraldine.

-Desde mi infancia –respondió el interpelado- recuerdo que ya en la primaria era el elegido para participar en las competencias escolares representando no sólo a mi grupo sino a la escuela entera, y aunque no salía muy airoso que digamos en las materias, al menos conseguía triunfos en cuanto significaba destreza física; más tarde, siendo ya un joven empecé a aficionarme por el tenis hasta el grado de pretender convertirme en un jugador profesional, proyecto que llegué a afirmar durante un año en el que conseguí vivir de pelotero, y que luego debí abandonarlo con pesar.

-¿Y cual fue la causa?

-Pues la decisión paterna, por cierto muy justificada, aunque debo reconocer que no me fue impuesta, pues mi padre me hizo ver con buenas razones la conveniencia de que mejor dedicara mis esfuerzos a los estudios serios, entonces me decidí por la ingeniería aprovechando la facilidad que tenía para el cálculo, las matemáticas y la física; sin embargo no renuncié al deporte que me apasionaba aunque tuve que resignarme a dejarle que ocupara un renglón secundario en mi vida, luego vinieron los tiempos en que los requerimientos de los estudios que no resultaron tan sencillos como suponía me exigieron invertirles todo el tiempo y tuve que olvidarme hasta de entrenar uno o dos días por semana, y sólo cuando me recibí tomé la decisión de no volver a abandonar, lo que a la vez que me proporcionaba un bienestar físico, me predisponía a trabajar con más entusiasmo, así que aunque los estudios de la maestría resultaron igualmente absorbentes yo seguí jugando al menos una hora cada día, lo que continué haciendo puntualmente ya en mi vida profesional en cuyo desempeño, llegué hasta abrigar la certeza de que nunca se me acabarían los problemas...

-Entonces para conseguir ese tiempo para usted, debió haber puesto en juego toda su fuerza de voluntad...

-Usted lo adivina; y yo ahora, evaluando aquella época, concluyo que la razón de obstinarme en los deportes, emanaba más que de una simple afición, a un profundo amor por la vida, ya que la gimnasia me mantenía fuerte, atlético, sano, siempre activo y deseoso de seguir permaneciendo en el mundo.

-Lo mismo pensaba hoy, al despertarme, cuando el amanecer, el oxígeno, la naturaleza parecía que me gritaban ¡Vive!

-¡Eso es! Y le diré yo he aprendido algo más ¡Vivir sin edad! Porque la mejor edad es la que estamos viviendo. Joyce decía que nuestra verdadera edad es la que tenemos por dentro.

-Y usted...

-Yo debo al golf y a la natación haberme mantenido siempre en forma, y con una excelente salud. He sido uno de los mimados de esa fuerza despótica y misteriosa que llamamos destino, al deporte debo también el no haber perdido una ilimitada capacidad para alegrarme por cualquier motivo por insignificante que parezca; claro que como cualquiera he debido enfrentarme a serios problemas y responsabilidades en mi vida, una de ellas formar y educar a mis hijos, pero he procurado huir de la tristeza y de la monotonía, venciendo a toda costa a la depresión, y rechazándola cómo a una gangrena.

-¿Es eso posible?

-Sí, siempre y cuando uno se lo proponga. Mire, a veces me perco de que mucha gente que viene en busca de Estrella trae consigo un pesado fardo de angustias, de conflictos, y que necesitan por lo menos que se les escuche y comprenda, aunque ella y su ciencia no puedan realmente resolverles nada; reconozco que mi hija tiene vocación y hasta juraría que ama a la gente, concediéndole un lugar secundario al dinero; entonces los aconseja y los pone en terapia, mientras yo pienso que si esas personas jugaran como yo al golf, o practicaran cualquier otro deporte, tal vez eso les ayudaría, sino a erradicar definitivamente sus angustias, si por lo menos, a olvidarse de ellas por unas horas... porque meter una pelota en esos hoyos es a fin de cuentas algo tremendamente divertido.

-Y usted lo goza mucho por supuesto ¿Verdad?

-Usted lo ha dicho y más cuando mis contrincantes vencidos pierden ¡Y me ponen una cara que para contentarlos tengo que invitarles un trago y contarles algunos chistes!

-¡Qué buena ocurrencia!

-Diga usted terapia, una terapia gratuita tan buena cómo las que aplica mi hija con mucho bla. bla, bla...

-Entonces le hace una competencia desleal -dijo la joven sonriendo.

-Tal vez, aunque nunca me he atrevido a disputarle un paciente, en cambio, estoy convencido de que el reír es bueno y saludable. Cuando trabajaba en California en una transnacional, los gringos que suelen ser muy sosos se encerraban en sus espaciosas salas de juntas, donde nos poníamos a discutir, analizar y evaluar los asuntos midiendo los pros y contras buscando la mejor solución de un problema hasta el cansancio, y al final, cuando todo el mundo estaba agotado y el ambiente tenso, contaminado de humo y saturado de olor a café, yo me daba mañas para huir de aquel entorno viciado imaginando este mismo paisaje que usted contempla ahora; y en medio de ese ensueño momentáneo solía encontrar a veces la mejor solución; entonces con gran contento de todos se acababa la reunión y cada quién se iba a su casa agotado y de pésimo humor, entonces yo pensaba que me merecía después de haber pasado aquellas horas aburridas y hasta crueles, un par de tragos que me despertaran el apetito y una buena cena mediante la cual recuperara las energías gastadas y hasta en ocasiones tontamente desperdiciadas, y al final me procuraba una buena dosis de sueño reparador que me devolviera las ganas de vivir .

-Tenía usted razón. ¡Si todos pudiéramos hacer lo mismo!

-Querer es poder, y usted podrá lograr todo cuanto se proponga si realmente lo desea.

-¿Incluso ser feliz?

-Ciertamente. Y le deseo sinceramente que lo sea porque es una hermosa muchacha.

-¿No más por ser bonita, cómo usted dice?

-No sólo por eso, sino porque todos hemos nacido con el derecho de ser dichosos. Mire usted, yo creo que las religiones han contribuido mucho a que veamos la felicidad como algo que no nos pertenece, ni es posible disfrutar en la tierra; obligándonos a admitir que sólo hemos venido al mundo para trabajar, padecer enfermedades y sufrir...yo diría que están equivocadas y reconozco el derecho de la humanidad para aspirar no solamente a existir, sino a vivir para ser feliz.

-¿Y también para amar?.

-.Sí. Siempre y cuando el amor no sea incertidumbre, duda, o pesar, sino todo lo contrario: plenitud, dicha, satisfacción.

-¿Y usted es feliz ahora, en este día, en este momento?

-¿Y cómo no serlo disfrutando su compañía, pisando juntos este césped tan suave, escuchando sus palabras y mirándola sonreír?

-Gracias por decírmelo ingeniero. Yo también me siento así: ¡Feliz! Y anoche lo estuve tanto...

-Y deseo que lo esté no sólo una noche, sino toda su vida; y que mi hijo, al que veo tan enamorado, ponga su parte...

-¿Lucio? Sí claro, él hace todo el esfuerzo posible.

-¿Y lo logra?

-Sí ingeniero, creo que lo logra.

Habían llegado al límite del campo, lo que seguía eran sólo jardines..

-8-

El sol había empezado a difundir intensamente la luz y el calor. Geraldine encantada con el paseo visitaba ahora las lujosas instalaciones del club que incluían desde el consabido sauna hasta las albercas destinadas al solaz de los socios, esta vez, el aval de su guía le franqueó las puertas para que la joven disfrutara el vapor, el sauna y de la alberca. En pocos minutos Arcadio había sustituido a su vez su impecable traje blanco por el calzón de baño y ella había hecho otro tanto, llenando con sus formas esculturales el minúsculo bikini y un sostén que más que velar se diría que resaltaba los pechos soberbios.

Pronto en su honor el atleta realizó algunas proezas acuáticas y ella despertó con su espléndido cuerpo, admiración, envidia y deleite a todos los ojos que se posaron cautivados por la preciosa dueña de tan caros encantos.

La chica resultó también una excelente nadadora y la humana gracia unida a su encanto irresistible suscitaban calurosos comentarios de los concurrentes que ya sólo tuvieron ojos para ella.

No tardó en aparecerse Lucio que enterado de la nota de su padre se apresuró a venir en busca de su novia. El nerviosismo por llegar le hizo olvidarse de traer consigo el traje de baño, así que debió contentarse con la contemplación de la nadadora y por indicaciones de Arcadio fue a reservar una mesa en la terraza donde irían a desayunar más tarde.

El encuentro de los novios fue tan cordial como era de esperarse y Geraldine escoltada por padre e hijo apenas se vistió fue a instalarse en la mesa del restaurante cuya vista abarcaba una enorme área del club.

Degustaron: jugos, fruta, huevos con tocino y café, servidos con el esmero que ponen los meseros cuando olfatean una buena propina y la solicitud de Lucio quién se desvivía por atender a su prometida, quién pudo constatar además la inmensa popularidad de Arcadio entre aquella elite constituida por industriales, comerciantes, profesionistas prominentes, funcionarios gubernamentales y gente con poder económico y amplias relaciones sociales, en una palabra los únicos que disponían de los medios

para cubrir los exorbitantes cuotas del club y a su vez alimentar su devoción por un deporte caro.

El club estaba rodeado por mansiones a cual más caprichosa y elegante. En el estacionamiento se alineaban los autos sport de factura extranjera y hasta uno que otro mercedes benz del año, todo destilaba distinción, pulcritud, refinamiento, en una palabra revestido de ese barniz que concede el dinero.

Concluido el desayuno Arcadio invitó a la pareja a presenciar un partido en el que iba a tomar parte, lo que Geraldine aprobó gustosa.

-Vas a ver jugar a un campeón sin edad, en la plenitud de sus facultades físicas – anunció Lucio quién había colocado los codos sobre la mesa en una actitud entre comedida y humilde.

Arcadio iba a responder a su hijo cuando se apareció Doña Mariana de la Reguera, miembro prominente de una antigua y linajuda familia, la dama lucía un huipil blanco bordado con motivos indígenas, y al decir de Arcadio, siempre bromista parecía una muestra huida de un museo de historia regional, tal afirmación dicha en un tono festivo, sin malicia ni intención de crítica, provocó la carcajada de Geraldine quién cayó en cuenta de que ella tampoco lucía todo lo elegante que el exclusivo lugar ameritaba, pero no le dio tiempo a expresar ningún comentario pues Arcadio después de presentarle a la dama, a la que en unos momentos se unió su marido, hizo otro jocoso comentario.

-Imagínense ustedes –explicó a los muchachos- que estos señores son incluso dueños de ingenios...aunque no de ingenio, precisamente...

Los muchachos rieron la ocurrencia, más tarde el golfista enfundado en su elegante atuendo deportivo se aprestaba a competir según anunció con picudos rivales, ganadores de trofeos y premios al por mayor, sólo que esta vez, anunció Arcadio, jugaré en honor de los novios; y con tal consigna se lanzó al campo con el alegre desembarazo de un muchacho de veinte años, en tanto que Lucio sonreía orgulloso de su padre; y Geraldine absorta en la contemplación del jugador seguía buscándole un nombre a la desconocida inquietud que la había perturbado desde la mañana.

-9-

María Rosa Ontiveros desparramó un sobre de azúcar en su taza de café y dio vuelta a la cuchara para que se disolviera en el oscuro líquido.

Ella y Geraldine habían cursado juntas la secundaria y la preparatoria, cultivando una amistad que si en los últimos años no fue pródiga en encuentros muy asiduos, cuando coincidían sostenían largas conversaciones abarcando no sólo las travesuras pasadas, pintas, noviazgos intrascendentes sino que además se contaban puntualmente todos los acontecimientos a partir del día en que se habían visto la última vez, incluyendo por supuesto intimidades, salidas, fiestas y visitas a restaurantes caros discotecas de moda y vacaciones en alguna playa.

María Rosa había terminado la carrera de Comercio Exterior y desde un principio incursionó en una compañía de seguros donde había conquistado un puesto gerencial; y al igual que su antigua condiscípula era una experta en el manejo de relaciones con clientes y negocios.

Esta vez Geraldine la había buscado con particular insistencia, ya que después del absoluto fracaso con su madre quién después de enterarse de la naciente afición de su hija por el que iba a ser nada menos que su suegro, y que más bien podría no ser sólo su padre sino su abuelo, incapaz de entender tamañas complejidades sentimentales, había replicado con sequedad: *Se debe amar lo que está a nuestro alcance, pensando con lógica; lo demás eso que tu has llamado enamoramiento no es más que una idea alocada, carente de toda razón, que no me explico cómo a una muchacha con buen juicio se le ha podido ocurrir, y además cuando ya tienes un compromiso con Lucio*

donde si hay un buen porvenir...y no con un viejo, que no tiene nada que ofrecerte y que seguramente no va a renunciar a su familia por una aventura contigo, de la que a no dudarlo tú sacarás la peor parte.

La respuesta aunque no carente de sensatez no satisfizo a Geraldine quién se sumió de pronto en una tristeza que liquidó completamente el placer que había experimentado cuando descubrió que en lugar de ser la mujer fría e insensible que había arrastrado una existencia sin ningún estímulo amoroso, se descubría al final cómo todas las chicas capaz de alegrarse, de suspirar por un hombre, de sentir sinceramente una ilusión en la que no mediara ningún interés, ni mucho menos calcular lo que su madre llamaba porvenir, ni tan siquiera un poco de futuro, pero que efectivamente le despertaba ilusión, deseos de vivir, y hasta inquietud y ansias por estar cerca del elegido; detectar esa sensibilidad que yacía muy en el fondo de su corazón, fue cómo una liberación de la esclavitud en la que su trabajo hecho de cálculos, beneficios, intereses, ventajas, vencimientos y beneficios materiales la había sumergido, privándola del derecho de lo espontáneo, lo desinteresado y lo fortuito.

De pronto Geraldine se había forjado en su fantasía el sueño de ser cómo las heroínas de las novelas, de las obras de teatro y hasta de las películas no taquilleras. en las que la protagonista no terminaba con el desenlace manido de los cuentos infantiles... “fueron felices, se casaron y tuvieron muchos hijos...” sino que deseaba vivir la novedad de lo inusitado, de lo infrecuente que no tuviera que ver nada con la endiablada lógica, anhelando lograr un amor que fuera en contra de la razón, con tal de que pudiera llamarse exactamente eso ¡Amor!... porque el amor verdadero, pensaba ella, no debía medirse por razones sino por sentimientos, aunque no dudaba de que el corazón a su vez tenía su inteligencia y además sus motivos muy legítimos, de seguro de tanto o más peso que los producidos por las reacciones químicas del cerebro; entonces allí estaba María Rosa a quién podría confiar su secreto y quién a no dudarlo sabría escucharla y comprenderla pues para eso era mujer cómo ella.

Y se puso a repasar el rosario de todos los enamorados, enumerando las cualidades que poseía el objeto de su pasión.

-Es refinado, elegante, tiene la apariencia de uno de esos aristócratas florentinos de los que nos hablaba la maestra de historia ¿Te acuerdas?

-¡Claro que lo recuerdo! –afirmaba María Rosa con los ojos chispeantes mientras su cerebro se ocupaba en traducir las palabras en imágenes.

-¡Es un hombre sin edad! –afirmaba su amiga adelantándose a la pregunta que esperaba le dirigiera su confidente, aunque en obsequio de ser absolutamente sincera aclaró enseguida- debe andar por los setenta años, pero si lo ves, no representa más de cuarenta, conserva una excelente figura atlética y camina erguido y altivo, contrastando con el andar desgarrado de los jovencitos idiotas que parecen estar perpetuamente cansados y ni siquiera saben para lo que son las sillas, porque las confunden con las camas, ¡Ah! pero lo mejor de todo es que es franco, cordial, con un inagotable buen humor, amable con todo el mundo, educado, generoso, porque le he visto dejar espléndidas propinas, y socorrer a los pobres que se acercan a solicitarle una ayuda, contrastando absolutamente con los muchachillos con los he llegado a salir que a las primeras de cambio exhiben su tacañería... y además gusta de burlarse de todo, pero sin que se asome un ápice de maledicencia en sus comentarios, porque ni siquiera él mismo se perdona, más bien, diría yo que encuentra divertidos a los humanos a quienes lejos de señalarnos nuestras imperfecciones, nos invita a disfrutar todo lo maravilloso que tiene la vida. ¡Hablar con él me divierte y hasta me hace olvidarme de los asuntos de la oficina!

-Lo que me parece saludable.

-Imagínate que en uno de los viajes que he hecho a Cuernavaca tuvo el empeño de colocar en mi bungalow un precioso bouquet de flores con una tarjeta que decía:

Bienvenida, yo supuse que tan exquisito detalle había sido de Lucio, pero él reconoció con honradez que fue iniciativa de su padre.

-Bueno menos mal que tu novio es honesto y no saluda con sombrero ajeno... me alegro de verte tan ilusionada porque es eso ¿Verdad? Te has enamorado y es la primera vez en nuestra larga vida que te escucho hablar así de una persona, aunque no se puede decir que se trata de un muchacho.

-¡Los muchachos! ¡Son tan insulsos! No saben otra cosa que probar a ver si te pueden meter mano y hablar de foot-ball... aunque debo decirte también que Arcadio es un deportista consumado, juega al golf y hasta ha obtenido premios, pero a la vez se interesa por otras cosas, viajes, libros, arte, es un lector empedernido, un viajero incansable y puede conversar sobre diferentes tópicos fuera de su profesión, y no te cansa escucharlo... Lucio en cambio no sale de hablar nada que no tenga que ver con su dichosa fábrica y nuestro matrimonio...

-¿Ya propósito qué piensas hacer con Lucio?

-¿Qué puedo hacer dirás? Estamos comprometidos, Dimos un fuerte anticipo para la compra de una casa en la que yo tuve que aportar mis ahorros, aunque realmente él no estaba de acuerdo, finalmente para evitarnos el pago de mayores intereses hicimos el acuerdo de que me iría devolviendo el dinero en cuanto terminara de pagar al Banco; quedando yo en libertad de gastar lo mío en la decoración de la casa o en la compra de enseres.

-Entonces ¿En que va a parar lo del otro?

-Eso es lo que yo quisiera saber y la causa por la que te he buscado. No puedo romper mi compromiso con Lucio porque los viajes a Cuernavaca los fines de semana son el pretexto para por lo menos verlo. ¡Ya ves que me contento con tan poco!

Esta vez María Rosa se puso muy seria y regresó la taza de café cuando intentaba llevársela a los labios.

-Ciertamente estás metida en un embrollo... ¿Y él?

-Ya te he dicho que me trata con mucha amabilidad, cumpliendo cabalmente su papel, aunque ya se ve que lo hace por su hijo...

-Pero tú... ¿Le gustas?... ¿Te ve cómo lo que eres, una mujer?

-Quién lo duda, aunque sabe disimularlo a la perfección, sin embargo le he sorprendido mirándome, aunque brevemente.

-Bueno, no le queda de otra, además allí está su mujer.

-Sí y debo decirte que a pesar de que continua sintiéndose una privilegiada burguesa por su parentela yucateca dueña de latifundios, es una excelente persona y me trata con mucho cariño.

-Geraldine -dijo tajante María Rosa- ignoro como podría ayudarte para salir de todo esto y lo único que desearía es no verte sufrir.

¿Sufrir, quién habla de sufrir? –pensaba Geraldine- ahora que estoy verdaderamente empezando a gozar la vida y que disfruto intensamente cada fin de semana que voy a Cuernavaca.

Lucio por su parte accedía encantado de viajar a la cálida capital morelense, pues así cumplía dos objetivos a la vez visitar a los suyos y disfrutar de la compañía de su novia; y aunque ahora la que iba a ser su suegra, la señora Teresa, parecía poner algún reparo a los frecuentes viajes, la muchacha que no deseaba oír reclamos por aquella pasión naciente y se había vuelto reservada, se despedía de su madre con un escueto beso en la mejilla y un abreviado: *nos vemos después*.

Lucio la aguardaba dentro del coche y ambos partían cómo si tuvieran prisa de huir de la gran metrópoli, felicitándose de que la joven hubiera conquistado tan pronto el afecto de los suyos quienes ya la trataban cómo a un miembro más de la familia, y ella, quién en la semana se mostraba fría, silenciosa, casi ausente o desinteresada, en cuanto divisaba en lontananza las montañas del valle de Cuernavaca y el calorcillo pegajoso se iba filtrando en el automóvil, el carácter le cambiaba de súbito y cuando descendían frente a la casa de Los Tabachines se transformaba en un terrón de azúcar envolviendo a Arcadio en una cálida y luminosa sonrisa que luego repetía con idéntica generosidad a doña Hortensia y a Estrella cuando se encontraba en casa.

Geraldine se juzgaba dichosa por el sólo hecho de sentir que su mano era apretada por la del ingeniero y al punto se dejaba atrapar por su plática interesante hablada en voz pausada y convincente, entonces su avasallante magnetismo volvía a cautivarla y a su pesar, insistía en hacer la absurda comparación entre padre y el hijo, cuya vulgaridad e insulsez lo convertían en enemigo declarado de toda distinción. ¡Era joven ciertamente, pero estaba vacío! Podría resultar incluso buen amante y acaso hasta un excelente padre para sus hijos, pero jamás llegaría a ser para ella el hombre soñado, entonces discurría en que la ilusión nace de lo diferente, y acaso también hasta de lo prohibido y con sólo ver a Arcadio sentía estremecerse no sabía exactamente si de placer, de tristeza, o de ambas cosas a la vez.

Por su parte Arcadio evitaba alabarla en presencia de su esposa y de su hijo, pero de vez en cuando se le escapaba alguna lisonja, como una vez en que en mitad de la cena le espetó: *“Es usted una muchacha muy inteligente, lo cual representa uno de sus más caros atractivos”* y tal si se le ocurriera que había ido demasiado lejos agregó conciliador *“...así nos lo había dicho Lucio hace tiempo atrás, pero un enamorado siempre tiende a contemplar al objeto de su amor con un lente rosa...”*

-Ahora convendrás que no exageraba –se justificaba Lucio.

-Ustedes son muy amables y se empeñan en verme de otra manera, aunque no soy más que una chica como cualquier otra.

-Eres una mujer de negocios –convino la señora Hortensia- de las que no había en mi tiempo cuando estábamos tan limitadas, que sólo nos quedaba desempeñar el único papel establecido casarnos y ser madres. En Mérida todas parecían competir por hacer un buen matrimonio.

-¿Y el amor? –Preguntó Lucio.

-El amor ocupaba un lugar secundario. Yo rompí la regla.

-¡Mamá! exclamó Estrella.

-Arcadio no era entonces lo que es hoy. Claro, siempre ha poseído grandes cualidades. Era un profesionalista con amplio porvenir, muy estudioso y tenaz, con muchas ambiciones y deseos de triunfar, pero carecía de los bienes materiales que mi familia pretendía para mí.

-Pero al final tú te saliste con la tuya ¿No es verdad? –interrogó Estrella.

-Pero no fue con la mía, sino con la de los dos. ¡Ambos estábamos muy enamorados! Lucio ha resultado tan querendón como su padre, sólo que es más expresivo ¿No es así? –preguntó dirigiéndose a su vástago.

-¡Mamá! ¿Cómo no querer a Geraldine? ¡Ella es digna de ser intensamente amada!

-Ya lo creo –aceptó la señora Hortensia- ¡Y me da gusto que la aprecies, pues veo con satisfacción que en ello te pareciste a tu padre! Imagínese usted –agregó dirigiéndose a Geraldine- a nuestra edad todavía jugamos a ser jóvenes...

La invitada no respondió aparentemente distraída por el orfeón de grillos aposentados en el jardín, entonces Arcadio, siempre galante, sacudiendo la ceniza del cigarro con lentitud, tal si se preparara para decir algo trascendental le dijo:

-Hoy ha venido usted muy elegante.

Estrella a quién a su endemoniado olfato de mujer y psicóloga no se le escapaba nada preguntó a su hermano.

-¿Tienen ustedes algún compromiso?

-Sí –respondió la señora Hortensia- Mañana estamos invitados a un almuerzo con los señores Assís, los libaneses, quienes me han solicitado invitar a los muchachos.

-¿Te agrada la comida libanesa? –Preguntó Estrella a su futura cuñada.

-Apenas la he probado en alguna ocasión en el Club Libanés –respondió Geraldine- y ello debido a que fui invitada por algún cliente de esa nacionalidad. Los postres me parecieron que llevan demasiada miel y en cuanto a los platos los hallé condimentados con exceso y recargados con pasas, piñones, pistaches, nueces y no se cuantas semillas más, lo cual los hacía demasiado sustanciosos y de difícil digestión.

-La mansión de la familia es suntuosa –aseguró doña Hortensia- y además son unos encantadores anfitriones, ya verás que te van a agradar, aunque a Arcadio no le gustan mucho...

-No es eso –protestó el ingeniero- es que sus reuniones suelen por lo general prolongarse demasiado y acaban por fastidiarme. Me excuso por lo tanto de no acompañarlas mañana, en que además debo entrenar pues estoy invitado a competir en representación de Cuernavaca en el club de Jalapa dentro de un par de semanas.

Geraldine palideció, sintiéndose decepcionada, la renuencia de Arcadio le impedía satisfacer el único objetivo del viaje que consistía en disfrutar su presencia, no quedándole más remedio que el tener que permanecer al lado de Lucio y prodigar sonrisas a los millonarios, así que cuando la señora Anita sirvió el café manifestó su deseo de irse a la cama quejándose de un tenue dolor de cabeza, pero en realidad deseosa de rabiarse a solas. Lucio siempre delicado se apresuró a ofrecerle un par de aspirinas y Arcadio le recomendó descansar asegurándole que el sueño disiparía prontamente el malestar. ¡Quién dijera que el anunciado reposo no habría de llegar en toda la noche, y tal vez en toda la vida, porque el amor es eso: desvelo, incertidumbre, insomnio!

-11 -

Esta vez el alba fue despuntando entre crespones acerados.

Por el tramonto circundante el día se asomó como un luminoso haz de luz.

Al impulso de un viento suave los altos ramajes de un árbol crecido rozaron la vidriera del amplio ventanal despertando a Geraldine quién todavía flotaba atrincherada entre una nube de sueños dentro de cuyas vaporosas burbujas asomaba el rostro de Arcadio.

Después de verlo la última tarde se había dejado atrapar voluptuosamente por una sensualidad desconocida imaginándose estar entre sus brazos y lejos de procurar el descanso se había entregado a saborear a solas la agridulce ambrosía de su enamoramiento, tal vez hasta absurdo, como eran todos los espejismos; pero no menos feliz, porque la dicha se construye siempre de los sueños.

Ya bien despierta saltó de la cama y después de calzarse las pantuflas y echarse una bata sobre los hombros dirigió sus pasos inquietos hacia el jardín y abriendo la puerta dejó que el verano se le penetrara en la nariz y le entrara por los pulmones. Caminando tras de algo que se le escapaba y cuya búsqueda a veces inútil pero persistente la perseguía hasta sumirla en la melancolía, inundándola de esa agrídulce tristeza que se acentúa cuando se constata la inútil obsesión de amar lo inalcanzable, Geraldine se aferraba con enfermiza obsesión, pretendiendo sujetarla e impedirle huir, tal vez porque contenía lo más valioso que había en ella: su maravilloso idealismo. Ese ideal desterrado de su vida cómo un cáncer temido, del que su carácter engañosamente cerebral la había preservado hasta entonces ahorrándole infinitos desengaños y sufrimientos, pero que yacía allí: insepulto, inmovible, inmutable en su recóndita naturaleza de mujer y dentro del cual residía el invencible anhelo de amar con intensidad y de ser a la vez inmensamente amada, pero no por cualquiera, no por los jóvenes manilargos, ni por los viejos libidinosos, sino sólo por aquel a quién bebían sus ojos, iluminaba su corazón, hacía temblar sus senos, humedecía su sexo, el ideal que era el único capaz de sumergirla en la más deliciosa ataraxia.

Una silente paz como de iglesia desierta, turbada de vez en cuando por el aletear de un pájaro madrugador transitando de una a otra rama con nerviosa premura, inundaba el jardín contagiándole de su recogimiento eclesial.

Geraldine flaneó por las calzadas con pasos deliberadamente cortos y lentos tal si pretendiera alargar el tiempo, se había disipado su reciente disgusto y se sentó sobre un banco de azulejo para respirar profundamente el aire limpio; de pronto, la turbó un ruido lejano producido por el muchacho de la señora Anita quién afanosamente limpiaba la alberca, librándola con un tridente de las hojas secas desparramadas sobre la superficie, al verla el jovencillo le sonrió saludándola respetuoso mostrando la contrastante blancura de sus dientes con su rostro aceitinado.

-Buenos días señorita. El señor me ordenó limpiar muy bien la alberca por si usted deseaba nadar.

-Muchas gracias –respondió Geraldine complacida por aquel detalle de su amable anfitrión, quién poseía ese agudo sentido del detalle que se le escapaba a Lucio, limitado a mirarla con esa adoración de perro apaleado a la espera de una caricia de su amo- ¡Es una buena idea! –aceptó y fue a plantarse su traje de baño.

La mañana estaba aún fresca y precavida introdujo primero un pie dentro del agua.

-En una hora más, cuando el sol caliente estará tibia -advirtió el muchacho que no cesaba de mirarla casi atónito y añadió- si se decide a nadar ahora, una vez que esté dentro del agua ya no sentirá frío.

Ella sonrió y se lanzó a la piscina y con manos y pies en febril movimiento procuró atenuar la frialdad que al principio le pareció que hasta le entorpecía los músculos. Nado un buen rato y cuando la invadió el cansancio se desprendió la gorra de los ensortijados cabellos, se secó meticulosamente y fue a sentarse sobre una silla de playa dejándose absorber por el paisaje mientras el sol avanzaba calentando el ambiente. Apenas había cerrado los ojos dormitando con envidiable sabrosura cuando escuchó la voz de Arcadio.

-¿Ya levantada tan temprano?

-¡Ingeniero!

En un rincón lucía un tiesto colmado de claveles suavemente húmedos, Arcadio arrancó dos o tres de los más grandes y obsequioso y sonriente se les ofreció a la joven que los recibió mirándole encantada

-¿Ha dormido bien? ¿Se fue el dolor de cabeza?

-Tan bien, que volví a quedarme dormida.

-Pues allí tiene un buen despertador. Un descafeinado caliente –dijo señalando a la señora Anita quién con amble sonrisa puso sobre una mesita una cafetera con café aromático y una jarra con jugo de zanahoria.

-Gracias, usted siempre tan amable, adelantándose a todo lo que pudiera desear, procurándome lo necesario para que me sienta feliz.

-Es que yo también lo soy, porque usted nos trae la felicidad a esta casa, y particularmente a mi hijo a quién además le ha inculcado la sana costumbre de levantarse temprano....

-Así podremos ir a verlo entrenar, si usted nos invita...

-Desde luego que están invitados, si no les aburre.

-¿Por qué habría de aburrirnos? Además ¡Hace tan buen tiempo!

-Porque usted sonrío –dijo galantemente Arcadio- y adelantándose a Anita que asistía sonriente a la plática preguntó- ¿Cuántas cucharadas de azúcar?

-Una es suficiente –respondió ella y cuando iba a hacer otro comentario, apareció Lucio muy sport.

-¡Hola sirena! –saludó dirigiéndole una mirada como flecha.

-¡Hola! –contestó Geraldine ofreciéndole la mejilla para recibir un corto beso- Tu papá nos convida a verlo entrenar.

-¡Qué bueno! Sólo que debemos prepararnos para la visita.

-No te preocupes, estaremos a tiempo.

Media hora después saboreaban el desayuno pero Arcadio debió retirarse para ir al campo de golf donde seguramente lo estarían aguardando sus contrincantes urdiendo cómo ganarle..

Lucio complaciente llevó a su novia al campo de golf y desde la tribuna presenciaron el partido en el que tomaba parte su padre, luego debieron retirarse para ir a vestirse apropiadamente.

El palacete de los Assis se hallaba distante y Lucio debió ayudar a las tres damas a descender del auto, doña Leonor y su hija se tomaron del brazo y Lucio hizo otro tanto con su novia, quién se dejó conducir en silencio con cierta indolencia o frialdad tan manifiesta que el muchacho la alcanzó a percibir, pero no tuvo tiempo de reflexionar acerca del cambiante humor de la joven quién oscilaba del entusiasmo a la indiferencia; no obstante su presentación impecable, su amabilidad y discreción cautivaron a los anfitriones quienes lo felicitaron deseando a la pareja todo lo mejor en su próximo matrimonio.

Cuando retornaron a Los Tabachines el sol caía aún como una reluciente filigrana de oro, aunque luego se fue opacando sobre los adoquines.

Por la noche, durante la cena, Lucio invitó a su familia a conocer la propiedad que habían adquirido en México y sugirió a la vez hacer una visita a los padres de su prometida propiciando así el encuentro de ambas familias, y aunque ya fuera una costumbre fuera de uso en la época de la modernidad, solicitar formalmente la mano de Geraldine responsabilidad que quedaba a cargo de su padre; la señora Hortensia siempre obsequiosa, sugirió que en su lugar podrían venir a pasar un fin de semana a Cuernavaca y tratar los planes concernientes a la boda.

Geraldine habló de conceder un tiempo más para disponer lo que iba a ser su futuro hogar conteniendo veladamente los apremiantes deseos de Lucio. Estrella percibió cierto desgano de la joven, pero fiel a su propósito de no involucrar su profesión en los asuntos familiares se abstuvo de hacer ningún comentario. ¿Acaso importaba mucho esperar dos o tres meses? En cambio, se mostró cordialmente dispuesta a continuar deleitándose con aquellos gratos fines de semana, lejos del ajetreo ciudadano; y cuando Arcadio habló de emprender algunas excursiones a los pintorescos poblados cercanos a Cuernavaca: Ocuituco, Tepoztlán, Tetela del Volcán, Temixco y Tequesquitengo aplaudió entusiasta la idea.

-Decididamente te gusta mucho Morelos – comentó la señora Hortensia, poniendo el tú por primera vez para dirigirse a su futura nuera.

Geraldine contestó pronta. -Tanto que si fuera posible me gustaría mejor vivir aquí, en lugar de la insulsa y complicada ciudad de México.

-12-

Geraldine empezó a mostrarse meditabunda, prendida a una melancólica ensoñación, totalmente ajena a su carácter dinámico, alegre, que la incitaba a sonreír continuamente.

La voluptuosidad conlleva siempre una inseparable tristeza, que aún en aquella mujer segura, cauta, habituada a dominar discretamente sus impulsos afloraba, desconcertando a quienes la rodeaban y conocían su relación franca y estable con su novio quién era altamente apreciado por sus compañeras de Banindustria y que adivinaban en el comedido y cortés muchacho al hombre que todas las chicas han soñado.

Pero Geraldine no estaba dispuesta a dar explicaciones a nadie ni a descubrir su intimidad al purito curioso de quienes la rodeaban, así que sus respuestas se volvieron breves, y su trato aunque siempre gentil se fue circunscribiendo a las cuestiones puramente laborales y buscó evadir las preguntas para no tener que dar respuestas. Otro tanto ocurrió en su casa donde su padre se interesaba más en su trabajo que en su hogar, y su madre Teresa quién no cejaba en mostrarse intransigente, cedió tranquilizada cuando su hija le hizo saber la invitación de la familia de Lucio para visitar Cuernavaca un fin de semana y hablar de la futura boda, es posible que la ingenuidad de la señora, o la creencia de que su hija recobraría el buen juicio y se avendría a la razón, que es lo que ella deseaba oír hayan influido para apaciguarla por completo, esperando que con el matrimonio la joven terminaría por curarse de lo que a su juicio era una locura.

Por lo tanto la muchacha debió comerse su secreto a solas, orgullosa de ser ella misma la absoluta depositaria de sus sentimientos e inclinaciones. Y se abrazó a su sueño. Un sueño absurdo e imposible pero que sólo a ella le pertenecía íntegro y cabal, su intuición de mujer no precisaba de consejeros ni de psicólogos. Demasiado sabía que Arcadio era un hombre bastante mayor aunque muy bien conservado, quién por razones obvias no gozaría de muchos años más de vida, por lo menos en las condiciones que ahora estaba, y a quién no quedaría una excelente virilidad, aunque sin embargo su apostura, su presencia amable, desenfadada, sus movimientos masculinos, su gentileza nunca exagerada, pero manifiesta en detalles oportunos, su franqueza y actitud de un hombre verdaderamente universal, habituado a tratar, halagar y gustar a las mujeres, la habían sugestionado al grado de sentirse prisionera de un hechizo, o caída entre las redes de un embrujo, donde el mago al parecer, ni siquiera se esforzaba, gastando las actitudes melosas y hasta humillantes de su hijo, mostrándose tal cual era ¡Simplemente él! Entonces concluyó que renunciar, alejarse, distanciarse serían una mala medicina para su enfermedad amorosa, así que práctica, como suelen serlo la enorme mayoría de las mujeres optó por el contrario, estar todas las veces posibles cerca del amado, llenarse los ojos y con la hipocresía de un Tartufo, continuar cultivando la confianza de la señora Hortensia, las suspicacias de Estrella y la devoción de Lucio quién no hubiera alcanzado a imaginar jamás la afición por su padre, y puso en práctica su estratagema y lo consiguió con su arte de caer bien, de disimular, de conseguir que la gente accediera a sus deseos, tal y cómo estaba acostumbrada a hacerlo con sus clientes bancarios que mordían el anzuelo de su diplomacia, ardid que le había permitido no sólo ganar la confianza de Lucio sino ser cada vez más aceptada y apreciada en su familia.

Sin embargo cuando se quedaba a solas, aquel amor insepulto con su corte de deseos parecía abrumarla, y era que el amor, en cualquiera de sus manifestaciones, conlleva siempre la sexualidad, porque amor sin deseo no es amor; y ella padecía la

fiebre del deseo. Si sólo deseara su amistad no cabría problema, porque la amistad es insexual, en cambio el amor trae siempre consigo esa agridulce carga sùbdita del verdadero imperio de la humanidad: el sexo, el eterno generador de la conservación de la especie; y la ejecutiva experta, inteligente, conocedora por naturaleza acerca de la condición humana, llegaba a la conclusión de que nuestra vida de la que nos sentimos tan orgullosos y proclamamos con incansable denuedo, no es más que la eterna mendicidad de una mirada, de una caricia y que el orgasmo es la síntesis real de todas nuestras luchas, el epitafio de todos los espejismos, el despertar supremo de todos los sueños, el efímero resumen de eso que hemos dado en etiquetar como felicidad, y que al decir del Dalai Lama, es sólo un largo viaje y no un destino.

Entonces, con valentía digna de encomio, testaruda, sabedora de lo que quería, dispuesta a pagar caro el precio de su afán, incapaz de resignarse a renunciar, decidió que el ser feliz no era cuestión de destino sino de elección. ¡Y eligió amar! Y conquistar el amor con sus poderosas armas de mujer, volar con sus alas y con una sola mirada rendir al hombre sometiéndolo a su reinado, estremeciéndolo con el tono de su voz, avivando su voluptuosidad hábilmente escondida o tenazmente reprimida. ¿No había adivinado acaso más de alguna vez, detrás de aquel empeño de servirla, de halagarla, como se deslizaban aunque rápidos sus ojos por su cuerpo? ¿No había acaso, oculto pero vivo, en sus miradas en el calor de sus manos cuando se encontraban con las suyas en el saludo, el placer de contemplarla, de tocarla, la alegría de disfrutar su juventud, de admirar su belleza, de buscar su compañía? Arcadio era al fin y al cabo un hombre, no un pedazo de madera o de piedra. Un hombre ciertamente ligado a deberes, atado a una ética, buen compañero de su esposa, inmejorable padre comprensivo de los sentimientos del hijo querido, hombre de paz, de trabajo, pero al fin y al cabo ¡Un hombre! ¡Y ese hombre podría llegar a amarla! ¡Y con ese hombre quería gozar! Porque él, inconscientemente quizá, era el único que había llegado a descubrirle su auténtica feminidad, volviéndola realmente, lo que no había podido ser hasta el día que lo conoció: ¡Mujer!

-13-

En la mañana de aquel sábado, Lucio y Geraldine desayunaban tranquilamente en Cuernavaca en compañía de Arcadio y la señora Hortensia. Estrella había salido temprano para dar terapia a un grupo. De pronto Lucio recibió una llamada telefónica proveniente del jefe de taller de su fábrica, notificándole acerca del desperfecto de una máquina, ocasionando que se detuviera la producción, lo cual impediría la entrega de un pedido muy urgente. Contrariado por el inoportuno trastorno se vio precisado para regresar a la ciudad de México, su novia se dispuso a seguirlo, pero él sugirió que mejor se quedara asegurándole que regresaría por ella tan pronto resolviera el problema.

Esfumada la proyectada visita al lago de Tequesquitengo, Arcadio intentando distraer a la joven propuso una visita a Chapultepec, su esposa encontró excelente la idea pero declinó acompañarles optando por quedarse en casa para preparar con la señora Anita el almuerzo que más tarde esperaba compartir con su hijo.

Un sereno otoño empezaba a dorar San Juan Evangelista Chapultepec, el antiguo y siempre nuevo Chapultepec de Cuernavaca, hogar de viejos árboles frondosos, de follaje espeso en cuyos altos ramajes anidaban y jugaban las ardillas de caras sonrientes y esponjadas colas.

Acaso muchos de sus troncos carcomidos por la lepra de las centurias y tal vez hasta de los siglos conocieron en el año de 1642 al legendario Hipólito de San Oyo, que fuera el arrendatario del trapiche de Tlaltenango y quién hizo construir un acueducto para llevar las frías aguas provenientes de un Ojo cercado de mampostería hasta la hacienda de Atlacomulco, la obra que trasportaba también el preciado líquido

proveniente de los manantiales, atendía a las necesidades de los pobladores de Acapantzingo y Amatlán, regando generosamente sus campos de cultivo.

Aquella mañana una luz rubia iluminó profusamente el paisaje, aunque entre las tupidas arboledas del bosque la luz tendía a eclipsarse, volviendo misteriosas las veredas e íntimas las horas.

En una cañada del interior se hunde la hierba tupida, crecen los arbustos enanos y proliferan las ramas espinosas, pero en las orillas del río Guimaque hay gruesas capas de hongos y de musgos y en un tronco apolillado, caído en mitad de la tierra, cientos de veces mojada, se depositan huevecillos de insectos y de larvas y se aposentan numerosas lombrices de tierra que son a su vez devoradas por otros animales dando así cumplimiento al ciclo de la creación.

Más lejos, un árbol de tejocote salpicado de frutos rojizos y amarillos se levanta cerca de unas peñas encimadas que en algún tiempo lejano habrán compuesto el marco de entrada de una caverna oscura, asilo de arañas, refugio de murciélagos y a no dudarlo guarida de algún gato montés, o de una manada de coyotes o de lobos.

A unos pasos, andando sobre un caminito civilizado flanqueado de árboles se puede llegar al manantial, no sin antes atravesar pantanos de tierras cenagosas y renegridas, alfombradas de hojas putrefactas de donde brotan en desordenada profusión: violetas, no me olvides y una larga variedad de flores blancas, azules, amarillas, luciendo sus cálices impolutos y sostenidas por tallos débiles y tiernos.

En algún trecho del camino una mata de mirasoles sonríe y al pie de los troncos, colmados de frutos desprendidos o picoteados de las aves se abrazan las trepadoras.

Pero Chapultepec no sólo es bosque, manantial o río; atesora a su vez un verdadero mosaico de aromas, incluyendo desde el olor casi fétido de la ciénega, hasta el sutil perfume de las flores silvestres, o de algún rosal cuya insólita aparición causa extrañeza; y por doquiera proliferan los pájaros volanderos, agitando las alas, y dejando oír de vez en cuando sus gorjeos.

Llegados al parque, Arcadio siempre caballeroso abrió la portezuela del auto y ofreció su mano a Geraldine.

Un romántico arco los invitaba a penetrar hacia el interior. Al principio ella fue avanzando por delante cautivada por el encantamiento de aquel bosquecillo milenario escuchando el crujiente sonido de las hojas secas trituradas bajo sus pies, en tanto Arcadio la seguía silencioso vigilando sus pasos; un arroyo aunque delgado se interpuso y él debió tomarle las manos con delicadeza para ayudarla a cruzarlo ¡Fue un gesto íntimo aunque inofensivo! Entonces ella le tomó del brazo para impedirle que la abandonara, más delante, arrancó un brote de hierba y se dedicó a desmenuzarla entre los dedos.

Así caminaron un largo trecho hasta que ella rompió el silencio para decir:-¡Hoy estrenaron vestido las flores!

-Para recibirla dignamente- respondió Arcadio.

Geraldine guardó las palabras, hablando con los ojos ¡Esos ojos cuya luminosa belleza habría inquietado el pincel de Tiziano!

Pronto los pasos los condujeron hasta el manantial cuyas aguas mermadas por el calor se despilfarraban saltando juguetonas sobre los peñascos entre una alocada explosión de vida, entonces la joven se sintió tentada a beber de aquella agua diamantada reuniéndola entre el hueco de las manos, y se inclinó con la elegante gracia de una pájara y ahuecando los dedos alargados y aristocráticos se llevó a los labios unas gotas. Arcadio la contemplaba hebetado y ella le sonrió con la ingenua malicia de una chiquilla sorprendida en una travesura.

-¿Qué pensará usted de mí, mirándome hacer estas niñerías?

-¡Qué nunca se me agotará el placer de verla!... y que a mí también me encantaría beber unas gotas... aquí seguramente sació su sed el emperador Maximiliano que aunque Habsburgo fue un mexicano de corazón y de muerte.

Geraldine no respondió pero le acercó las manos ahuecadas y él bebió un sorbo, luego, sacó del bolsillo de su pantalón, un pañuelo blanco y oloroso a lavanda y lo ofreció a la joven. Ella se secó los labios y las manos murmurando un gracias cómo un suspiro que fue a perderse entre los sonidos del agua y del campo.

Habían divisado un banco rústico aparentemente limpio, vecino de unas peñas colmadas de trepadoras, y allá encaminaron sus pasos.

-¡Qué fresco tan agradable se siente aquí!... –declaró encantada- Chapultepec es cómo un rincón paradisíaco. El milagro del agua naciente, del agua que llueve, porque aquí debe llover mucho ¿Verdad?

-Sí –respondió Arcadio- una buena parte del año... de repente llueve en octubre –añadió con voz ronca y pausada, mientras miraba el resplandor del día jugando con los rizos del cabello castaño oscuro de la joven.

Geraldine bajó los ojos y murmuró con voz muy baja:

-De repente una muchacha se enamora de un hombre y sería capaz de todo por ese amor...

-¡Geraldine! –exclamó Arcadio conmovido, tomándola por las muñecas y mirándola directamente a los ojos. -¿No se ha enterado todavía que soy un viejo, que podría ser su padre o su abuelo?

Ella apartó la mirada y la dejó escurrir hasta las peñas.

-De esas peñas viejas aún brotan alhelies.

-¿Y mi familia? ¿Mi esposa? ¿Mi hijo quién tiene puestas en usted sus ilusiones? ¿Sus padres? La sociedad entera... -luego, levantándose y con un gesto de infinito pesar añadió- ¿No ha pensado que yo también la amo? ¿Qué desde el día que la vi no he hecho otra cosa más que adorarla? ¿Que he reprimido mis sentimientos, y he aprendido a disimular? ¡A fingir! ¡Fingir para todos, todos los días! Sintiendo como se me escapaba la paz ¡Esa paz que yo buscaba en el deporte, en los amigos, en la familia, tal si ellos pudieran apartarnos de la tumba! ¡Esa paz de los adultos, que se conforman con satisfacerse con el estómago, porque ya no pueden disfrutar el amor!... entonces llegó usted, la inesperada... cuando ya la vida...

-Empieza apenas para los dos. ¡Arcadio! No tengamos miedo de ser felices. Vámonos lejos de aquí ¡Tú y yo solos! Llévame a una tierra desconocida, a un lugar distante donde nadie nos conozca, donde sea posible amarnos sin reproches y sin penas. ¡Allí seré tuya! ¡Y tú serás de mí! Y no me importarán tus años porque nuestro amor será joven, porque tú Arcadio, ¡Tú eres mi primer amor ¡Y tú serás el único y el último!

Arcadio la tomó entre sus brazos y la colmó de besos en el rostro, en el cuello, en los cabellos, en la boca, apretándola contra su pecho hasta aplastarle las puntas de los senos, en tanto que ella, apasionada, enloquecida de amor y de deseo le clavaba las uñas en la espalda hundiéndolo los dedos en sus cabellos.

Los besos ardientes fundieron sus bocas mil veces, y sólo se separaron para jurarse amor, para decirse que sólo habrían de vivir el uno para el otro, y que allá en el nido elegido en una tierra lejana no les habría de alcanzar ningún recuerdo, porque sólo habrían de revivir esta hora maravillosa en que rompieron el dique del silencio para decirse que se amaban, y que habrían de amarse siempre por el resto de sus vidas.

Amar es hacer el viaje del Dante.

Visitar el cielo y el infierno

Gozar el ansia y sufrir la inquietud.

Porque sólo amando se vive plenamente, lo demás es vegetar..

Arcadio sentía que el profundo anhelo de amar a Geraldine emanaba desde el fondo de su corazón, que un llamado irresistible lo conminaba a seguirla, y que emulando al viejo padre de la humanidad, el Adán bíblico, quién renunció al desabrido paraíso por la dadora del placer y de la vida, causa de los más crueles pesares y de los más lacerantes desengaños; sin lugar a duda alguna iría tras ella; obedeciendo a la inmutable ley que rige desde los tiempos inmemoriales los destinos masculinos y cuyo tiránico decreto dicta que los varones deberán ir durante toda su vida detrás de una mujer.. ¡Destino inexorable y maravilloso!

Y el hombre práctico, cerebral, que se creía inmune a todos los hechizos, dueño absoluto de sus emociones, artífice de su voluntad, pertrechado ante el embate de las tentaciones, voluntariamente recluido en el pacífico retiro de su casa solariega, lejos de cabarets, bares, teatros; preso en aquella existencia de sibarita agostado, engañando la vida con el pecado de la gula, saboreando los platillos condimentados que preparaban chefs arrancados a fuerza de ruegos y dinero de los hoteles internacionales, degustando entre aburridos coloquios, plegados de reminiscencias, los vinos añejos extraídos de las cavas telarañientas y húmedas servidos en ostentosas copas de cristal de bohemia, y alternando con los amables anfitriones ricos hoy rentistas, que fueron en otros tiempos, dueños de emporios, concesiones y monopolios, con los políticos dueños de fortunas de dudosa procedencia, retirados de la innoble brega, pero ya todos decadentes, y que hoy se jactaban solamente de diletantes de un paladar refinado, y condescendiendo además con las damas ventrudas y canosas de senos caídos, de cabello teñido y rostros empastados de afeites, viudas, herederas o esposas, que debieron ser hace más de medio siglo muy codiciadas, pero que hoy apenas eran grotescos esbozos de lo que fueron.

Arcadio, intentando romper el dique de aquel exilio voluntario, se dejó arrastrar engolosinado por aquel nuevo entusiasmo, deslumbrándose por la resurrección de las ilusiones sepultadas, vencido por la remembranza refrescada de la juventud huida, y encendiendo la ceniza apagada, avivando el fuego consumido, concluyó por reconocer, que en su ya larga vida, jamás había deseado tanto a una mujer, como ahora a Geraldine; y se sintió de pronto como recién hecho, renovado, optimista, dinámico, ya no sólo dueño de la destreza física que lo impulsaba a vencer en el golf, a competir con los jóvenes nadadores o a correr para desafiar metas y establecer nuevos records, sino con el empuje vital y portentoso del amante capaz de extenuar a su pareja, porque la fuerza viril de los hombres la motivan y despiertan las mujeres..

Pero no era sólo su naturaleza privilegiada que despertaba, no el vulgar erotismo, o la sexualidad renacida, algo mucho más espiritual, elevado y noble, nunca motivado por ninguna otra mujer lo impulsaba a adorar a aquella dulce y valiente criatura, joyel de feminidad, quién se había atrevido a rasgar la tupida red del convencionalismo para descubrirle su amor, ese amor, el mismo amor que a su vez a él lo había inquietado, pero que había optado callar, no sabía si por temor, o por cobardía.

Pero conjuntamente con tan saludables augurios, otros pensamientos empezaron a socavar su optimismo despertándole cierto enojo por la jugarreta del hado que ya casi al final de su vida, pretendía atar su relativa libertad de hombre comprometido, que nunca se había ajustado completamente al rigor de la cadena matrimonial, abusando de la discreta condescendencia o disimulo de la señora Hortensia, quién más de alguna vez en aras de conservar la armonía hogareña, prefirió callar sus sospechas.

Arcadio debió aceptar que esta vez el futuro pintaba distinto, porque que el amor conlleva necesariamente una sujeción.

Otras veces lo asaltaba el vago presentimiento de que a sus años estaba próximo a cruzar el desvencijado puente de la vejez y que un día no lejano, la puntual maquinaria que llevamos dentro terminaría por romperse y dejar de funcionar.

También turbó aquel dulce sueño el aguijón de la desconfianza, y aunque repudiando el pensamiento, que con sólo consentirlo lo hacía sentirse miserable, llegó a suponer que una vez pasada la euforia, colmado el capricho, satisfecha la curiosidad, Geraldine podía recapacitar y descubrir que se había ligado a un viejo, y que entonces engañarlo o abandonarlo podían ser las probables consecuencias; aquella malhadada idea lo hizo temblar, aunque al punto la certeza de que la muchacha no se comportaba como una veleta, ni mucho menos era una de esas chiquillas alocadas dispuestas a cambiar de amante como de pantaletas, siempre seducidas por la novedad y propicias al pronto aburrimiento, casi lo conmovió; y la rosada perspectiva que deslumbra a todos los enamorados y que no es otra que terminar la vida amándose cómo el primer día, lo sedujo; entonces adhiriéndose a esa utopía irrealizable, a esa fe ciega, que más que adivinarla intuía en ella; esa irreprochable confianza le devolvió la transitoria tranquilidad, que no tardó en perder, cuando poseído de una repentina e infinita compasión pensó en Lucio a quién veía inmensamente enamorado de su novia, pero el brutal egoísmo que acompaña a las pasiones, aminoró casi al instante aquel sentimiento piadoso, reconociendo que a sus años el muchacho habría de encontrar con facilidad extraordinaria otra muchacha que además lo quisiera, y se puso a desmenuzar con pródiga memoria los diplomáticos desdenes de Geraldine, los gestos, las actitudes, la frialdad de las respuestas con que algunas veces le respondía, el desamor más o menos disimulado, la indiferencia medio encubierta, convenciénolo de que Geraldine no lo amaba en realidad, aunque hubiera manifestado estar dispuesta a casarse con él y en justa réplica repasó las miradas, las sonrisas, las amables palabras, que le dirigía, y hasta se le aclaró en la mente el motivo real detrás del deseo de la joven por venir a disfrutar los fines de semana a Cuernavaca que poco o nada tenían que ver con Lucio ¡Y descubrió triunfante que eran por él, por más que en su torpe miopía jamás lo había podido detectar! Y se esponjó su orgullo masculino, inflándose como el buche del gallo listo para lanzar el grito proclamando su efímero liderazgo en el gallinero sentenciado al caldo, como tal ¿De que iba a privar a Lucio? ¿Cual usurpación había en despojarle lo que nunca había logrado? ¿No era acaso una buena acción librarlo de un matrimonio condenado de antemano al fracaso más rotundo?... No le privaba de nada, al contrario lo salvaba, aunque de momento implicara ocasionarle una desilusión de la que sin lugar a dudas pronto se repondría. No obstante tan ruines argumentos no prosperaron, no podía actuar cómo un desalmado a menos de ser despreciado y despreciarse. Mucho menos tratándose de su propio hijo. Asestarle un golpe así, no sólo era vil sino imperdonable, y aunque Lucio no era rencoroso, jamás podría olvidar ni perdonar una acción tan baja; y si algún día el desamor de Geraldine concluía con el noviazgo ó aún con el matrimonio mismo, Arcadio no quería ser el truhán que lo despojara cargando por el resto de su vida con semejante remordimiento. ¡Y sintió repudio por una acción cuya vileza, aunque no se había consumado, sentía que ni él mismo alcanzaría a perdonarse!...y reconoció que Lucio no sólo era el bien amado hijo sino también el mejor de sus amigos, recordó su niñez, su juventud, apegado siempre a su padre, entregándole admiración sin límite, cariño, respeto, obediencia, ¡Verdadero amor filial, insólito e infrecuente en la época! Entonces, a cambio de esa devoción ciega, de ese cariño honesto, él iba a asestarle fríamente una puñalada, hundiéndole en nombre de su amor, de su gran amor ¡Todo lo inmenso que pudiera ser! la daga envenenada con la más cruel de las traiciones, la ruindad para la que no había nombre. Y Arcadio titubeó, sintiendo que se desvanecían como humo sus sueños, ¡Pobre sueños aniquilados apenas habían nacido!... y recapacitando convino que hubiera sido más noble y leal de su parte,

utilizar la influencia que ahora estaba cierto tenía sobre Geraldine y solicitarle que en nombre del amor que se tenían el uno por el otro, hiciera el último esfuerzo por aceptar el cariño puro y sincero que Lucio le ofrecía... ¡Generosidad a la que tampoco se sentía dispuesto, porque no podía renunciar a amarla!

Pero aún faltaba considerar, algo que seguramente la justicia divina habría de cobrarle. ¡La traición, el abandono, el desprecio, para la que había sido la compañera de su vida! Ella había desafiado a los suyos para seguirle cuando no era nadie, le había entregado su vida, su paciencia, su juventud, su belleza ¿O acaso la había conocido en los años que hoy sumaba?... por Hortensia había conocido la ternura, los cuidados, la amistad de una mujer cuya misión única había consistido en hacer feliz al hombre que había elegido. Verdad era que la pasión se había extinguido ¿Pero acaso no habría de suceder con el correr de los años lo mismo con Geraldine? ¿Acaso no era una mujer susceptible como todas del envejecimiento, de la grasa, las arrugas, las canas, el cansancio? Según Estrella la euforia pasional se extinguía en tres años y saciado el cuerpo iban quedando apenas la costumbre, el afecto, la estimación, otro género de amor menos efímero, más seguro y duradero.

Y Arcadio reconoció apesadumbrado haber declarado alguna vez: “*sufro, cuando por mi causa sufre alguien*” ... ¿Y ahora? Cuando las circunstancias ponían a prueba su dicho que cuentas entregaría la ética que pregonaba? Y se imaginó: deleznable, falso, traidor, ridículo, proclive de encharcar toda su vida en cieno...

¡Y sintió que se golpeaba el alma con su propio desprecio! Entonces...¿Era mejor claudicar, renunciar, sufrir, jugar al héroe? ¿Y hasta afrontar la vergüenza de decir a Geraldine que carecía del valor de desprenderse de los suyos, de enemistarse con su conciencia o con la sociedad, confesándole que ni tan siquiera era capaz de amar lo que amaba, y que era apenas un ente sensible, temeroso del escándalo y del repudio? Mientras que ella siendo mujer se mostraba decidida a desafiar el enojo paterno, la pérdida de su empleo y de su posición y hasta la de su dinero invertido en el hogar proyectado que nunca habitaría.

Y sobrevinieron las noches de insomnio. En una de ellas supuso encontrar la salida fácil al conflicto: la impunidad. Geraldine debía romper la relación con Lucio, explicándole simplemente que no lo amaba, entonces él podría verla clandestinamente, instalando un departamento en la ciudad de México, donde era posible el anonimato. ¿Cuántas aventuras así tenían lugar, incluso algunas vividas por él mismo, aunque teniendo que soportar los velados reproches de Hortensia? Pero no era eso lo que Geraldine deseaba, ¡Ella no era una cualquiera que se contentara con recibir unas migajas, ni mucho menos merecía ser tratada cómo un objeto que se usa clandestinamente! El sólo proponérselo a Geraldine lo avergonzaría, se trataba de una muchacha romántica, idealista, que anhelaba el disfrute de un amor único, no compartido ni regateado, porque estaba dispuesta a su vez a entregar todo cuanto era, y apegado al imbécil masoquismo que incita a jugar con el perro que muerde o el gato que araña, Arcadio se debatía encerrado en su despacho, urdiendo pretextos para eludir el lecho conyugal, evitando ser cuestionado, eludiendo hablar, y envuelto en aquella obsesión que le trituraba el alma, ideando alguna vez como retirar una cuantiosa suma de sus cuentas bancarias, que aun significando una buena parte del patrimonio familiar, fuera suficiente para reiniciar una vida en una tierra lejana ¡La eterna tierra prometida!

Hay días que son insignificantes en los que sólo se trabaja, se come y se duerme, en cambio hay otros que dejan huella, que se nos vuelven inolvidables y que tejiendo el destino deciden el futuro. Días en los que en cada instante se goza o se sufre intensamente, y que aunque pasen lentos o raudos nunca son anodinos.

Así fueron aquellos días en los que después de aquella tímida confesión de amor de Geraldine, ni ella ni Arcadio volvieron a conocer la paz. Un acuerdo tácito en el que no mediaron explicaciones los volvió cómplices y guardando su secreto decidieron continuar desempeñando sus mismos roles, entrenándose en el arte del fingimiento, escondiendo hábilmente lo que sentían, ocultando los todavía inmaduros planes que con sigilo se habían comunicado uno al otro entre discretas llamadas telefónicas, en las que aún nadando en la indecisión se complacían en esbozar el sonriente futuro de los enamorados, porvenir maravilloso que sólo a quienes verdaderamente aman pertenece; horizonte de amor pero tal vez de remordimientos, o en su lugar, de renuncia, soledad y vacío, porque ambos sabían que si la tan soñada ilusión no llegara a cristalizarse, iban a estar por el resto de sus vidas, irremisiblemente solos aún en medio de la gente, entonces ni el heroísmo del deber, ni la pretendida resignación bastarían para evitar hacerlos menos desgraciados. Y Arcadio cuan presto alimentaba la esperanza de vivir unos años más para su amada se imaginaba sumergiéndose en su cuerpo, adueñado de todo aquel espléndido derroche de mujer, tal si fuera el espléndido regalo de las postrimerías de su vida, aunque ello le significara clavarse en la cruz de la ignominia, otras ocasiones se imaginaba paseando una incurable melancolía por aquel parque húmedo oloroso a tierra llovida donde cada milímetro habría de testimoniarle el inolvidable rostro de Geraldine, el susurro de su voz, el timbre de su risa, el ruido de sus pies triturando las hojas secas, el aroma de sus cabellos ensortijados, diluyéndose en los poros de su nariz; y todo ello, flotando en el vuelo de la mariposa azul de la eterna nostalgia.

A su vez a cien kilómetros de distancia Geraldine se habría de preguntar una, cien, mil veces ¿Por qué él?...porque él entre todos los hombres que la cortejaban con miradas, halagos y sonrisas, Por qué él, dueño de sus pensamientos, huésped de su corazón cerrado muchos años al sentimiento, por que él, doblegando su voluntad, encendiendo con su sola presencia, sin proponérselo siquiera, aquella chispa mágica aparentemente inofensiva que se propagó incontenible hasta trocarse en un incendio, desvelando sus noches en que soñaba ser acariciada, por el único hombre que había conseguido despertar su naturaleza de mujer, de mujer temblorosa ante el pensamiento de la entrega. Y amor y deseo se confundían, haciéndola sentir como un pájaro atrapado en una jaula, la trampa encantadora de la que no que deseaba abandonar salir jamás.

Aquella mañana fue igual que todas, con su rutina de costumbre, la consabida reticencia por dejar el lecho, la prisa por ducharse, vestirse, maquillarse, secar los cabellos ensortijados, mordisquear un poco de fruta y beberse un café descafeinado unas cucharadas de yogurt y luego correr al auto, el teléfono había repiqueteado un par de veces, pero el momento de descolgar la bocina enmudecía y aunque intrigada, Geraldine tuvo el presentimiento de que alguien intentaba comunicarse con ella, aunque desde luego descartando a Arcadio que bajo ninguna circunstancia se hubiese atrevido a buscarla en su domicilio.

Diez minutos después aprovechando la pausa del semáforo rojo, se pasaba un pincelito asegurándose de embellecer los ojos. ¡Nunca, como entonces deseaba saberse

hermosa! La obsesionaba la idea ofrecer el don de su belleza al hombre que a su vez consideraba como suyo.

A punto de instalarse en su escritorio el teléfono volvió a sonar y la joven ejecutiva titubeó en descolgar la bocina, faltaban todavía veinte minutos para las nueve y no se atendía a los clientes antes de esa hora, no obstante, ante la insistencia tomó la bocina para escuchar distante, velada, sumamente nerviosa, la voz de Estrella que la llamaba desde Cuernavaca.

-No encuentro a Lucio por ninguna parte, ni en su casa ni en la fábrica y debo darle una fatal noticia ¡Una grave noticia!

Geraldine al escucharla se quedó entumecida.

-¿Qué noticia? –repitió ansiosa.

-Geraldine, mi padre, nuestro padre ha muerto repentinamente...

Geraldine sintió que se le refrigeraba el alma.

-¿Qué estás diciendo? –preguntó mientras más que pronunciar le temblaban las palabras.

-¡Qué papá murió hace dos horas! ¡Fue un infarto, un infarto que repentinamente acabó con él, cómo si hubiese sido un rayo!... ¡El se desvaneció de pronto, sin que pudiéramos hacer nada!!...

Geraldine soltó la bocina sintiendo que se le encogía el corazón mientras un frío, un horrible frío se esparcía por todo su cuerpo, helándole los nervios y la sangre.

Lívida, temerosa buscó instintivamente en que apoyarse para evitar caer desvanecida. Un grito, que debió haber sonado más bien cómo un alarido se le había escapado de la garganta, dando lugar a que acudieran alarmados inmediatamente los compañeros que apenas se estaban instalando o llegando a la oficina; el sub gerente corrió por un vaso de agua y una cajera se apresuró a sostenerla preguntándole insistente: -¿Qué tienes? ¿Qué tienes?...¿Qué te pasa? En tanto que ella presa de la desesperación, intentaba llevarse con visible esfuerzo a los pulmones una bocanada de aire, cubriéndose el rostro con las manos y oprimiéndose las sienes; de pronto sintió que el piso se hundía y que la última gota de sangre caliente se le escapaba de las venas, Carlos el cajero, espantado de verla tan abatida le dio un fuerte golpe en la espalda intentando que reaccionara, aquel movimiento brusco rompió el dique de las lágrimas, entonces, presa del más agudo desconsuelo se le oyó gemir, sollozar, revolverse sobre el asiento sobre el que más que sentarse se diría que se aferraba, el portador del vaso de agua se la hizo beber casi a fuerza y no faltó quién con aspavientos de abanico intentara llevarle el aire, instando a los demás compañeros que le habían formado círculo a retirarse. Unos minutos después a punto de desplomarse, más pálida que una muerta la condujeron hasta la oficina privada del gerente, evitando al público el deprimente espectáculo pues ya algunos clientes que iban llegando al banco cuyas puertas se habían abierto.

Fue hasta entonces en que cobró cabal conciencia de lo acontecido. ¡Y la conciencia la despertaba a la locura! Pero su juventud, ese juventud que soporta los embates, las angustias, los traumas, logró imponerse impidiéndole caer en la postración o en la inconsciencia. Abatida, mordiéndose los labios, la respiración jadeante emprendió la búsqueda de Lucio, En la fábrica la secretaria le informó que aún continuaba en Guadalajara donde había acudido para ultimar los detalles de un contrato, Geraldine le explicó con intenso nerviosismo que era urgente localizarlo, ya fuera en el hotel o en el negocio del cliente ya que había ocurrido un grave percance, pero sólo hasta después de más de dos horas Lucio se reportó con ella, entonces debió explicarle balbuciente, llorosa, el motivo de su búsqueda. El muchacho debió haberse quedado paralizado, pues tardó algunos segundos en responderle.

-Ahora mismo regreso a México en el primer avión que consiga y del aeropuerto iré inmediatamente a Cuernavaca., Geraldine se ofreció a esperarlo en la terminal aérea, pero sólo hasta el atardecer de aquel nefasto día consiguieron ponerse en camino

guiados por Antonio el contador de la fábrica quién se brindó a conducirlos hasta la capital morelense, ya que ninguno de los dos estaba en condiciones de tomar el volante.

Pálida, temblando, Geraldine asistía silenciosa, una ola de viento había barrido de pronto todos sus proyectos, sepultando sus clandestinas ilusiones de felicidad, sus anhelos de amar y de ser amada por el hombre del que por vez primera en su vida se había enamorado y de quién esperaba ser apasionadamente correspondida. Todo el día había llorado inconsolable, vencida por un dolor superior a sus fuerzas, sumergida en la mórbida delectación masoquista de sufrir por él ¡Y entre la complejidad de la naturaleza femenina, tal si gozara con aquel martirio que le infringían los hados, ella, quién aún no había conocido el placer del amor, sufría las angustias y agonías por el pecado de haber amado, por haber pretendido un día, ser diferente, ser feliz! Y he aquí que la vida, la siempre vengadora, le endilgaba el golpe inusitado con la que castigaba tan absurda osadía. ¿Acaso creemos los humanos que tenemos derecho a ser felices? ¡Tenemos la ingenua pretensión de suponer que hemos venido a este mundo a gozar, a cumplimentar nuestros deseos, caprichos y pasiones? ¿Nos hemos olvidado de que el mundo no es sino la antesala de la expiación y de la muerte, del dolor, del fracaso y del abandono? Y lo peor: de la soledad, porque el hecho de nacer y de morir solos implica a su vez sufrir así ¡Por que tal cómo se es en la cuna se desciende a la tumba!

Y mientras la pareja muda, silenciosa, abandonaba las orillas de la metrópoli, tratando casi de volar a Cuernavaca, mientras las lágrimas les cosquilleaban sobre los párpados, Geraldine bebiendo el amargo cáliz de su amargura se quejaba en silencio: ¡A pesar de sus promesas, Arcadio se ha ido sin mí!

-17-

Arcadio dormía en el ataúd bajo el regazo de la muerte: varonil, guapo, esbelto, en su rostro no había una arruga, mancha o signo alguno de ancianidad, y si bien podía considerarse un adulto, lindaba en ese límite en que la juventud se ha ido sin que la vejez haya llegado. El rostro estaba perfectamente rasurado, los cabellos castaños, tal vez teñidos, conservaban con su apariencia sedosa, cierto brillo, privando por completo el espectáculo de la nieve cayendo sobre el cráneo deformado por la calvicie, de tal suerte, que aún exánime podía continuar considerándose cómo un hombre encantador.

Había fallecido decorosamente tal y cómo hubo vivido. No había pasado por el doloroso calvario de las agonías largas con su inseparable alud de quejidos, vómitos, sangre, esputos, flemas, diarreas y toda esa caterva de males que provocan en pacientes y familiares: ascos, repugnancias y esos sentimientos encontrados que muestran las flaquezas de nuestro cuerpo humano del que tan orgullosos nos sentimos y que en resumen, con todas sus maravillas, sólo es un manojo de órganos que se enferman, secreciones, olores, hábilmente ocultos bajo la piel. Arcadio se marchó sin proporcionar ascos ni solicitar compasiones; y cómo era un empedernido deportista su último chapuzón de nadador no sería sobre las aguas cristalinas sino en el fondo negruzco de la tierra, la puntual alimentadora, pero a su vez la eterna hambrienta, devorante insaciable de todo lo que vive.

Había sabido extraer de su permanencia en la tierra toda la felicidad permitida, los suyos y por supuesto sus amigos y conocidos sabían cuanto había gustado de la buena vida. ¡Era un epicúreo! En su mesa nunca habían faltado los manjares condimentados ni los vinos añejos, en su bien selecto guardarropa nunca se escatimó ni el buen gusto ni la distinción, cada prenda proclamaba su gusto refinado, y aunque estaba lejos de ser conservador, su atuendo siempre contenía una nota juvenil. En su conversación siempre se proclamaba satisfecho haber sido un *bon vivant*, y en sus relaciones extra maritales, jamás ostentaba, ni siquiera con sus íntimos, los estúpidos alardes de la seducción, de tal manera que su condición de amante reservado le había valido el agradecimiento de chicas solteras o mujeres casadas que podían sentirse

cubiertas, mientras que su imagen de esposo fiel y respetuoso se engrandecía con la de padre amable, tolerante y comprensivo, cualidades que convertían su forma de enfrentar la vida en un ejemplo.

Enfundado en un traje blanco y con una impecable camisa sport, calcetines del mismo color y zapatos deportivos nuevos, reposaba en un ataúd color gris claro, recostada la cabeza en un enjambre de espumas, como nubes de seda .

Estrella, quién adoraba a su padre, había eliminado tendenciosamente todo cuanto significaba luto, negrura, severidad, tal si pretendiera despojar a la muerte de ese horror que infunde miedo con lo tétrico de sus atributos; y si bien alrededor del catafalco ardían los cuatro cirios amarillentos de rigor ensamblados en los candelabros de plata, y el cadáver yacía a los pies del Cristo crucificado; la sala de usos múltiples del Club de Los Tabachines, lucía regia con todas las luces prendidas, tal si se tratara de una recepción y no de un velorio.

Sin embargo el amable decorado no restaba gravedad, ni mucho menos menguaba el profundo dolor que embargaba a la señora Hortensia, y a Estrella quienes alardeando valor recibían cortesés no sólo las numerosas condolencias de los vecinos, socios del Club, de los Leones y Rotarios, de los representantes gubernamentales, incluyendo por supuesto al secretario particular del Gobernador de la entidad, y de los numerosos miembros de los clubs de natación, frontón, tenis, beis-ball, ajedrez, alpinismo, equitación, y carreras de autos deportivos; y por si fuera poco familias enteras a quienes el difunto había tratado con cortesía, haciéndoles pequeños y hasta grandes servicios, lisonjeando a las damas sin importar su edad y por supuesto mostrándose siempre amistoso y gentil con los señores, sin hacer distingos entre los políticos prominentes, empresarios millonarios, o personas de condición más modesta a quienes estrechaba la mano con igual entereza y sinceridad.

A su arribo Lucio y Geraldine debieron abrirse paso entre aquella multitud empeñada en ofrecer su pésame a la familia, al descubrir a Lucio lo detuvieron para abrazarlo reiterándole cuanto lamentaban el tan precipitado deceso, él, aunque visiblemente consternado, daba las gracias y cuando al fin consiguió llegar hasta su madre y hermana, el abrazo fue conmovedor, y el llanto de todos incluyendo el de la señora Anita testimoniaron el sincero pesar que los embargaba, luego, todos los ojos convergieron hacia la bella acompañante que seguía al muchacho, se trataba de su prometida, y aunque ella medio sonreía, aquella mueca resultaba más elocuente que el más amargo llanto, y se diría que más que llorar había caído en un entorpecimiento, tal si se hubiese apoderado de ella un enorme vacío, así, respirando de prisa y con los labios temblorosos musitaba apenas alguna salutación, y sólo cuando estuvo frente al féretro, con los ojos ardientes sintió que se desvanecía y debió aferrarse al mismo ataúd motivando que Estrella se prestara de inmediato a sostenerla. Doña Hortensia conmovida fue a su encuentro y ambas se abrazaron musitando frases de consuelo, en tanto Estrella volvía a relatar por enésima vez el dramático momento en que su padre cayó desvanecido y cómo antes de suponerle muerto se había intentado revivirle con respiración artificial y presiones en la caja torácica., hasta que cercioradas de que el corazón había dejado de latir, el chico de doña Ana corrió en busca del doctor Gálvez, vecino de Los Tabachines quién certificó la muerte. Semejante drama postró a las mujeres de la casa que prorrumpieron en llanto, dando lugar a que los vecinos, y miembros de la familia Serret, acudieran a prestarles ayuda a las pobres dolientes medio enloquecidas de dolor en medio de tan espantoso trance.

La tarde otoñal fue cediendo a la noche azulada sumiendo el anochecer de Cuernavaca en un suave sopor entibiecido, aliento de la tierra aún cálida.

El fresco de la noche secó momentáneamente los rostros mojados de lágrimas.

Algunos visitantes comenzaron a organizar el velorio, y doña Ana junto con su vástago se dispusieron a repartir tazas de café.

Geraldine quien no había probado bocado en todo el día, sintió que el negro líquido en lugar de calentarle el estómago se lo taladraba por lo que declinó seguir bebiendo, Lucio presintiendo su ayuno encargó a la señora Anita proveerle de algún alimento, ella mordisqueó alguna fruta y un trozo de pan con queso, ocultando de vez en cuando el rostro con las manos, pero a la media noche las ojeras pronunciadas parecían habersele extendido abarcando las sienes, la frente y hasta las comisuras hundidas de la boca.

Lucio intentó hablar con ella pero sólo consiguió que le respondiera con monosílabos. Aquel pesar manifiesto, aquella reticencia incluso a hablarle lo cogieron al principio desprevenido, pero al verla llorosa, concentrada en quién sabe que pensamientos, contemplándola con una ternura inenarrable le tomó una mano que ella le abandonó flácida. Y el ingenuo muchacho debió agradecer aquella solidaridad de su prometida con su familia.

Al poco rato iniciaron el rezo del rosario, los rostros se alargaron tristes y el pesar volvió a oprimir los pechos de parientes y amigos que fueron llegando en cada vez mayor número, muchos de lugares lejanos. Con la oración y el recibimiento se repitió el relato que obligó a los oyentes a considerar la tremenda fragilidad de la vida humana cuya transitoriedad nos induce a pensar que la muerte es la verdadera traicionera, incapaz de acudir cuando se le llama, pero inoportuna y sorpresiva cuando no ha sido invitada.

Todos hablaban en voz baja y si alguno intensificaba el sonido, al enterarse callaba asustado, disculpándose con el gesto por la descortesía.

Geraldine después de haber hecho una prolongada guardia frente al féretro se sentó sin desasosegar los ojos rojizos de tanto llorar y con el desencanto alojado en el rostro, asistía enjugando de vez en cuando las lágrimas que le provocaban cosquillas bajo los párpados. Vanas resultaron las súplicas de Lucio de que se retirara a descansar al menos una o dos horas, pero ella rechazó el ofrecimiento segura de que ni aún el sueño ni el cansancio podían venir en su ayuda, y su novio debió haberse quedado a su lado a compartir su dolor.

A las cinco de la mañana el aterciopelado turquí del firmamento se fue aclarando y el sol se asomó tal si fuera una anaranjada bola de fuego, lo que provocó que una parvada de pájaros batiera las alas.

Los señores Serret habían arreglado que un sacerdote oficiara una misa de cuerpo presente por lo que debió improvisarse un pequeño altar; algunos visitantes vencidos por la desvelada se habían retirado ofreciendo retornar a la hora de la misa y del entierro.

A las nueve la señora Anita y su hijo colocaron sobre una mesa contigua algunos platillos con comida, panecillos, y frutas que algunos miembros de la familia que habían acudido de lejanos lugares comenzaron a picar, y hasta Geraldine probó algún bocado.

Al poco rato se presentó el presbítero que habiendo tratado al ingeniero lo recordó con manifiesto pesar, cabizbajo y taciturno, asegurando que si bien había sido llamado a la presencia del Señor, sin haber tenido tiempo de confesarse y recibir los sacramentos, el Perdonador Misericordioso habría de recibirlo benévolo. Tenía a Arcadio por un hombre sano, excelente padre de familia, modelo de esposo y buen cristiano, y cuando al fin se despidió después de la celebración eucarística aseguró a Doña Hortensia que el amor que engendra la vida es el único vencedor de la muerte. Al escuchar aquellas palabras Geraldine sintió que le quemaban y llevándose la mano a los ojos se restregó los párpados húmedos de llanto, disimulando cuanto podía aquella tristeza, que a muchos debió haber extrañado, preguntándose porque se había afligido tanto una persona que aún no entraba oficialmente en la familia y consiguientemente no la ligaba parentesco alguno.

A las tres de la tarde se presentaron los de la carroza fúnebre. A esas horas el club se hallaba materialmente inundado de coronas y adornos florales engarzados en listones morados con letras doradas.

Había llegado la hora final, cuando ya los deudos no disponen ya ni siquiera del precario consuelo de tener el cadáver.

Los empleados de la funeraria cerraron la caja y una larga comitiva formada por decenas de autos enfilaron al cementerio.

La tarde lucía un cielo puro, transparente y Geraldine reprochó aquella indiferencia de la naturaleza que parecía que celebraba la renuncia definitiva de sus sueños.

La señora Hortensia le prestó un velo negro que contrastó con el marfil de aquel rostro no menos hermoso en su palidez de cera.

En el cementerio ante la tumba recién abierta el sacerdote auxiliado por sus monaguillos roció con el hisopo el féretro y pronunció una plegaria.

Tres compañeros, uno de los lejanos tiempos en que el profesionista había laborado para la cementera, y dos de los que le habían disputado los trofeos en las gestas deportivas, pronunciaron sentidas locuciones, encomiando los méritos del difunto, su modestia, su nobleza, y su gran calidad humana.

Luego, dio principio el descendimiento de la caja mortuoria que se fue paulatinamente hundiendo en las entrañas de la tierra recién cavada. Hortensia, Estrella, Lucio y la señora Anita lanzaron cada uno por separado un puñado de tierra, Geraldine había desprendido de algún ramo una azucena que dejó caer.

Casi al instante se desencadenó la lluvia en gruesas y tupidas gotas, dando lugar a que todos se dispersaran refugiándose donde mejor pudieron, incluso en los huecos de los nichos y capillas, pero la señora Hortensia, Estrella, Lucio, Anita y Geraldine permanecieron firmes soportando el chubasco hasta que finalizara por completo la labor de los sepultureros.

Empapada, chorreando agua, con las ropas ceñidas al cuerpo, Geraldine reconoció que amaba a Arcadio muerto, más que vivo.

Sobre la improvisada tumba, sobre la que después habría de colocarse un monumento de mármol blanco, la señora Hortensia colocó un ramillete de camelias. sobre las que se le escurrieron dos lágrimas ¡Era la legítima esposa! ¡La dueña del derecho! y Geraldine por vez primera se sintió una advenediza. ¿Quién era ella para arrebatarle su esposo a aquella mujer? ¿No equivalía aquello a un despojo, no con el arma del criminal sino con el arma más punzo cortante que era su juventud y su belleza? La vida le había metido una zancadilla y sintió enojo y rencor por ella. Miró por última vez la tumba con los ojos del alma y aunque invadida por una desesperante melancolía, apenas llegaron a la casa que contempló largamente se despidió de la señora Hortensia, de Anita y de Estrella. Era indispensable que regresara a su hogar y si bien insistió en hacerlo por autobús, Lucio se obstinó en traerla a México, prometiendo regresar inmediatamente a Cuernavaca. La pareja emprendió silenciosamente el regreso. En la puerta de la casa de la joven, Lucio agradeció vehementemente el apoyo recibido, ella le sonrió con indulgencia, pidiéndole que por lo pronto no la buscara, pero prometiéndole que ella le llamaría posteriormente, promesa que cumplió pasada una semana.

En la cita celebrada en una sosegada cafetería, le comunicó su decisión inquebrantable de terminar el noviazgo y romper el compromiso, Lucio consternado preguntó el motivo y ante la presión Geraldine terminó por confesarle que deseaba tener absoluta libertad para dedicarse a su carrera, él alegó que no sería un obstáculo sino un apoyo, y acosada por la vehemencia del muchacho, le confesó que no lo amaba, y por lo tanto no se sentía capaz de encadenar su vida a la responsabilidad de seguirle para siempre. Lucio desconcertado ensayó su defensa, invocando sus sentimientos

maltrechos con la pérdida por la muerte de su padre, pero Geraldine se mantuvo inflexible. El se sintió como atrapado por una ola contra la que luchaba desesperadamente por librarse de ella, pero sólo consiguió que Geraldine le prometiera que no pensaba casarse nunca y que en cambio le ofrecía una sincera amistad. Desolado, roto, pero incapaz del menor reproche el infeliz muchacho encaminó sus pasos hacia su destino, en ese momento totalmente incierto. Geraldine en cambio conocía de sobra el suyo y no lo cambiaría por nada del mundo.

-19-

Han transcurrido diez años. Geraldine del Prado Rodríguez, ha concluido la maestría en Administración, lo cual le valió ser promovida primero a Gerente de una sucursal de Banindustria y actualmente está adscrita como consejera del corporativo que integra México y Centro América. Sus cada día más altas responsabilidades absorben su vida por completo y es frecuente que después de largas juntas que se prolongan hasta media noche, tenga que llevarse gruesos expedientes al lujoso penthouse que ha adquirido en Polanco, y cuyos asuntos requieren estudio y análisis antes de ser sometidos a la siempre discutida toma de decisiones.

Tal vez ha abusado demasiado de sus ojos y se ve obligada a usar lentes, lo que la hace aparentar mayor edad, revistiéndola de autoridad, aunque su trato continua siendo afable, sencillo y cordial, no sólo con los accionistas y directivos de la institución sino con sus numerosos subordinados.

De su vida personal poco hay que decir, excepto que puntualmente cada mes almuerza con su amiga María Rosa. ahora casada y con una niña que ha procreado en su matrimonio, a ella le ha confesó:

-Ya no hay sueños María Rosa, agotadas las emociones, liquidada la pasión sólo me he quedado con lo último que la vida ha querido concederme: la nostalgia. El amor ha sido para mí sólo eso, una deslumbradora ráfaga de luz desaparecida, para volver más profunda la oscuridad.

-Pero una nunca sabe... -opina María Rosa, quién desearía que su amiga se volviera a enamorar, y mejor aún, hasta que se casara y tuviera un hijo como ella que la indujera a realizarse, pero aunque Geraldine adora a la pequeña, que en ocasiones trae con el propósito de motivarla y hasta le ha solicitado que se convierta en su madrina, Geraldine le responde que le habría encantado tener un hijo de Arcadio, que además se le pareciera en el carácter animoso y optimista, y sólo cuando María Rosa cree haberla convencido, ella le responde que el verdadero secreto de vivir en paz, consiste en no depender de nada ni de nadie.

-¡Y yo que quisiera celebrar tu dicha! ¡Beberme yo sola una botella de champañe!

-Pues el motivo será lo de menos. ¡Ya lo estaremos haciendo! -responde Geraldine con una sonrisa nadie sabe si de alivio o de tristeza.

-Me encantaría verte de novia, del brazo de un muchacho guapo, celebrando una de esas rimbombantes bodas de las que publican fotos todos los periódicos.

-¿Y después? -pregunta Geraldine con voz lenta y dulce.

-Después ser feliz como tiene derecho de serlo cualquier mujer.

-¿Y Arcadio?

-Arcadio está muerto, aunque puede continuar vivo en tu recuerdo.

-¿Sólo en mi recuerdo? -pregunta la joven enmarcando las cejas- ¡Si tu supieras, en aquellos días yo quería disolverme en él!... -y la sinceridad le brota de cada poro de su piel.

-Te comprendo pero...

-Yo me conformo con vivir así. Cuando nos conocimos no comprendía que era eso del amor, nunca me había enamorado y no sabía como se podía vivir y amar, ahora me pasa lo mismo, tampoco puedo entender como se puede vivir amando, cuando él se ha ido y

la soledad a veces me araña el corazón... todos los días trato de buscar la calma y de resignarme y te aseguro que mi trabajo resulta ser un buen sedante. Ya no pido nada, ni necesito más...

María Rosa se despide de ella apenada, instando a que su pequeña acaricie la tez de su amiga con su manita sonrosada, luego ambas se besan y se despiden, quedando de volver a encontrarse en el mes siguiente. Geraldine no le guarda secretos, aunque se ha reservado algo sólo para ella, de lo que nadie puede albergar ni siquiera la más mínima sospecha ¡Y sin embargo es tan simple! Que no valdría la pena encubrirlo en el misterio. Son sus citas. ¡Sus paseos solitarios! Cuando menos una vez cada dos o tres semanas, prefiere prescindir de su chofer y conducir ella misma hasta el Chapultepec de Cuernavaca. Aparca el auto en una calle aledaña, se planta los lentes oscuros y se dispone a penetrar sola en las silenciosas calzadas del parque, para volver a rehacer con la imaginación aquel lejano día en que caminó al lado de Arcadio, entre la caminata vuelve a oír su voz y hasta la voz de ella misma confesándole su amor. Con precisión pisa las mismas piedras, contempla los mismos árboles, bebe agua del mismo manantial y ve volar los pájaros hijuelos de aquellos que los vieron juntos. Camina poseída de una abstracción respirando el perfume de los sentimientos, a veces gusta de quedarse un rato sentada en el banco en el que aquel día ¡El único día de amor de su vida sintió a su lado la varonil presencia del ahombre adorado! Y recuerda sus besos ardientes como preludios nupciales y cree oír el chasquido, pero cuando busca los labios queridos sólo halla el vacío, entonces vuelve a jurarse que a pesar de ello, nada ni nadie habrá de extinguir a Arcadio de su memoria, porque mientras haya humo será señal de que hubo fuego.

-20-

Así la encontró aquella mañana Estrella a quién a su condición de doctora de almas nunca pasó desapercibida la agonía de su padre y la de la joven.

-Geraldine... -le dijo tratando de sacarla de aquel embotamiento.

Ella se volvió con el sobresalto de quién es sorprendido en falta..

-¡Estrella!

-¡Por Dios! ¡Qué pequeño es el mundo! ¿Quién diría que hoy nos íbamos a encontrar aquí? ¡Me da tanto gusto verte!

-A mí también- responde ella con un tono de voz opaco- ¿Cómo está tu mamá? ¡Cómo te encuentras tú? -le pregunta mientras le alarga la mano.

Estrella la acoge cariñosamente pero en lugar de responder a sus preguntas le dice:

-Geraldine... ¡Sólo la naturaleza es eterna!

-¡No! ¡También hay otras cosas que lo son! -Responde ella con vehemencia.

Estrella clava los ojos en ella y con su ciencia vencida le contesta.

-¡Tienes razón! ¡Mi padre se ha quedado vivo para siempre en ti!

Las dos mujeres se alejan sin despedirse siquiera. Se han dicho cuanto tenían que decirse.

Los árboles amarillos del otoño sueltan algunas hojas secas.

Epílogo

La lluvia volverá a caer sobre el tupido follaje humedeciendo la tierra y tornándola verde, preservando así el espléndido Chapultepec de Cuernavaca.

Así también habrá amores, que a despecho de nuestro tiempo utilitario y materialista continuarán perennemente renovados, aguardando el cumplimiento de la gran promesa de la eternidad, aquella con la que el Titán del amor quiso consolar a sus hijos que viven y mueren ávidos de él. Entonces, habrá de apagar su sed el agua de la vida eterna que saciará sus almas; mientras tanto, en esta dimensión, será preciso aprender que todo viene de Dios y a El vuelve, como el agua que de pronto llueve en octubre y el sol evapora y retorna al cielo